



Ramón de Mesonero Romanos

Artículos escogidos de las Escenas Matritenses

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón de Mesonero Romanos

Artículos escogidos de las Escenas Matritenses

El retrato

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarían muchos apasionados. Con efecto era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un lechuguino del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía a veces la partida de mediator a la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué a animar la tertulia con unas picantes seguidillas a la guitarra, o bailando un bolero que no había más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, o sentándome en el sofá, tararearía un aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos a las madres y gestos a las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracerero con otro camarada, y, en fin, me daría tono a la usanza..., pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba a no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble función, por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreírme después, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitiose esta escena con todos los que entraron, hasta que, ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí a poco sonó el violín, y salieron a lucir las parejas, alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas de tocador improvisaron al retrato.

Algunos años después volví a Madrid y pasé a la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! quantum mutatus ab illo! ¡qué trastorno! el marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reírse francamente del difunto, también el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, o sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algún puchero, y esto se renovó cuando notó la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá. -«¿Le mira usted?» (exclamó): «¡Ay pobrecito mío!» -Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz; pero tuvo la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, a guisa del que llora.

Desde luego un don No-sé-quién, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: -«Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; -y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el Corresponsal del Censor. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelación se dispuso que la menguada efígie sería trasladada a otra sala no tan cotidiana; volví a la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda había leído a Regnard y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir:

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto,

hubo de tomar este partido, y a dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el don Tal, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron a sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco después la señora, que se sintió embarazada, hubo de embarazarse también de tener en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de Nobles; y no hubo más, sino que a dos por tres hiciéronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y

el retrato de su padre salió a ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino después a llamar al joven al campo del honor; corrió a alistarse en las banderas patrias, y vueltos a la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, a quien los colegiales, en ratos de buen humor habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él a poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó a un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera a la vista sino la mitad de la habitación, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso a varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... «¿que pondremos? ¿qué no pondremos?» -El retrato. -Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se había quedado en las habitaciones ocultas, salta a la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesión, a nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando a ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y maltrecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo a la chimenea.

En 1815 volví yo a ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar a su hija. Verificose esto a poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato a una antigua ama de llaves, a quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses a la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví a saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví a Madrid el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré más elegancia, más ciencia, más buena fe, más alegría, más dinero y más moral pública. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad y por fortuna acerté a encontrar alguna botillería en que beber a la luz de un candilón; algunos calesines en que ir a los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un Teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada; pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en

que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera o Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso a la de Embajadores, cuando a la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mío! -exclamé-: ¿y es aquí donde debía yo encontrar a mi amigo?»

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro. -«Lo que usted guste» -contestó la vieja que me lo vendía; insté a que le pusiera precio, y por último me lo dio en dos pesetas; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo a empeñar, prometiéndole volver en breve a rescatarlo, pues, según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido a un personaje a quien se lo iba a regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin aparecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salía a las ferias, y nadie se había acercado a él; añadiéndome que ya lo hubiera tirado a no ser porque le solía servir, cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué, al oír esto, precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarlo en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá a ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez a las ferias? ¿o acaso alterado su gesto tornará de nuevo a autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto a mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar a la posteridad mi retrato, ¿para qué? para presidir a un baile, para excitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas...

(Enero de 1832)

La comedia casera

Los hombres nos reímos siempre de lo pasado; el niño juguetón se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el joven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, más próximo ya al estado infantil, sonrío desdeñosamente a los juegos bulliciosos, a las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que a él le ocuparan en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demás edades ríen de los viejos... con que queda justificado el dicho de que la mitad del mundo se ríe siempre de la otra mitad.

-¿Y a qué viene una introducción tan pomposa, que al oírla nadie dudaría que iba V. a improvisar una disertación filosófica a la manera de Demócrito? -

Tal le decía yo a mi vecino, D. Plácido Cascabelillo, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesús, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

-Dígolo -me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó a alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad quería volver a la jícara)-, dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.

¿Y se puede saber cuál es la escena?

-Óigala V..

-Este joven, a quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una afición que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y después de haberle escuchado un rato con admiración, no dejo de entrar con muy mal gesto a distraerle y aun regañarle.

Días pasados me manifestó que una reunión de amigos habían determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse a su entrada en ella; pero acordándome luego que yo había hecho lo mismo a su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban a todos los de la reunión, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir a los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió nemine discrepante (ríase V. un poco, amigo mío), nombrarme su presidente.

-Aquí prorrumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicarón a la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

-Ya conoce V. que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa a tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié a la Junta dándole las gracias por su distinción, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesión, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios actores, socios contribuyentes y socios agregados.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponía la división en comisiones. Comisión de buscar casa, comisión de decoraciones, comisión de candilejas, comisión de copiar papeles, comisión de trajes y comisión de permiso para la representación. De ésta quedé yo encargado, y presidente nato de las demás.

El contarle a V., amigo mío, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (después de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (después de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de más fácil resolución, o quedaron subordinados a la importante discusión, acerca de la elección de pieza que se había de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Óigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El Oteló, las Minas de Polonia, Pelayo, la Pata de Cabra, la Cabeza de bronce, el Viejo y la niña, el Rico-hombre de Alcalá, el Español y la Francesa, el Jugador de los treinta años, el Médico a pelos, el Tasso, el Delincuente honrado, A Madrid me vuelvo, García del Castañar, la Misantropía, Sancho Ortiz de las Roelas y El Café. Ya V. ve que en nuestra Junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que a todas se ofrecían eran importantes. En una había tres decoraciones, y los bastidores no se habían pintado más que por dos lados, por la sencilla razón de que no tenían más; tal necesitaban dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de cincuenta y ocho años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba a una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salía un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querían ser primeros galanes; los que se avenían a los segundos apenas sabían hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galán enamorado; los amantes no consentían que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque a esta Junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas que no hablan, todos hablaban allí por los codos y a la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, después de largo rato pudo restablecerse el orden, y a instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de El Rico-hombre de Alcalá, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un joven andaluz, a quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos a vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demás del caso; y no tengo necesidad de decir a V. que en estos veinte y cinco días se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripción se realizó, el arreglo del teatro también; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mío, cuando saqué

yo el escote de mi diversión. Porque había usted de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedían. Quién formaba coalición con el apuntador para que apuntase a un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñía con su querida porque en cierta escena había permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galán; cuál tomaba entre ojos a alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores. -Más alto. -Conde, que le está a usted manchando esa vela. -Doña Antonia, que la llama a V. el rey don Pedro. -Esos brazos, que se meneen. -Usted sale por aquí y se vuelve por allá. -Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego. -Eso no vale nada.

Por este estilo puede usted figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, a no ser cierta competencia amorosa a que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de Rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representación, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer a V. un billete.

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simón, que a efecto de conducir al presidente y actores había tomado la Compañía, y llegamos en tres cuartos de hora a la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo a la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corría en medio de la sala, formando división en la concurrencia, y fuímonos a colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo. Los socios corrían aquí y allá colocando a sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilear la vista entre dos cabezas, limpiar el antejo, sonreírse, corresponder con una inclinación a un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telón, que se levantó en aquel instante.

«-¿No me escuchas?

-¡Qué molesta

y qué cansada mujer!

-Siempre que te viene a ver
debe de subir por cuesta».

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron a representar; pero tres minutos antes que los dijieran ya repetía yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro a contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecía en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; sólo en una cosa se parecían todos, es a saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solían ir acompañados de una gran patada; pero subió a su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el Rico-hombre y el buen Aguilera. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacía de Rico-hombre, estaba picado de celos con el que hacía de rey, así que cargaron a maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, a no ser una ocurrencia de que me hubiera reído a mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que se sentaba detrás de mí, dijo muy naturalmente a uno que estaba a su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

-Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

-Entonces siento haber creído que su hija de usted lo echa a perder.

-Diga V. que el galán no la ayuda.

-¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba a mi derecha).

-Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia la sacan que no hay más que ver.

Por fin volvió a sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, según la mayor o menor extensión del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillación de don Tello a la presencia del Rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos:

«A cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, según el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de D. Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginación toda idea de ficción escénica, arremetió con D. Pedro a bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternación se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras D. Enrique de Trastámara corría por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusión y desorden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja o mudar una decoración. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta o sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda y desplomándose con un estruendo horroroso bajaron rodando todos los interlocutores y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya había tomado su determinación, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada y asegurando que todo se había acabado ya; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832)

El Prado

Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay a la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro o seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, a trechos puestas

por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos a los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho a la grande hermosura y recreación de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda también muy apacible, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una parte a unas huertas. Lllaman a estas alamedas el Prado de San Hierónimo, donde de invierno al sol, y de verano a gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreación la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballos, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte.

He aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro viejo, que, como varias personas, no tienen otra recomendación que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diría el autor (maestro Pedro de Medina) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? -Diría... ¡qué había de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual e inculto de su inundo término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmenso arroyo que corría por toda su extensión, y demás circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, «¿qué diría, vuelvo a repetir, si le atravesase hoy en toda su extensión de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extensión ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya excelente ejecución honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?»

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecía, como en éstos, los sitios más ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega, en un momento de mal humor, se dejó decir:

«Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien hacéis en hacer prados,
Pues hay hiel, para quien sean»

el mismo Tirso de Molina, Calderón, Moreto y demás poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle a porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el

Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas, que a hurtadillas de sus padres y hermanos venían a este sitio al acecho de cuál o cuál galán perdidizo, o bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver a éstos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberían acompañar a este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la intermediación ala corte del Retiro, llegaron a darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes a este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán o galanes, objeto u objetos de sus suspiros; la reunión de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen a este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza a ser el punto de reunión general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermín, y las de Atocha, las del Jardín Botánico y las del paseo de Recoletos, viene a refluir en el gran Salón, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salón por delante de la fuente de Neptuno; a la derecha tendremos la calle destinada a los coches, que corre a lo largo de todo el paseo. Miráremosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, a cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: Detrás de un elegante tilbury, que Londres o Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajón semi-oval y verdinegro, a quien el maestro Medina podría muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos simón, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas a la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro: el cochero, de gran librea, obliga con pena a los briosos caballos a seguir el paso del furgón que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y

plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato a ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde a su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado a la calesera; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazán.

Inmediato a ese paseo, mírase una estrecha calle, que formaría parte del salón principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una división más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarían muy a mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto más a propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun a despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se extracta aquí: no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco más o menos el valor del capital. La extensión del paseo proporciona la ventaja de volverse a encontrar varias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje o haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz, y el bastón bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salón, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetración, muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal o del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando a otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa a su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desmán del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada. Mira a los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras; obsérvalos andar tortuosamente y sin dirección fija, ora arrimándose a los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparecen en cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento a éstas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo a otras.

Todas éstas y más mudanzas habían hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el Salón del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente a situarse en paraje conveniente, mientras que una hermosa joven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en francés el diálogo siguiente:

-Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.

-Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle.

-Epoux d'une élégante du dixneuvième.

-Que veux tu, mon cher? ces vieux maris disent que le coeur ne vieillit pas.

-Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).

-Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.

-Bah! Tu oublies que de son temps n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaient des sottes gens!

-Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la treulle... Elle ne te regarde pas, mon cher...

-Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle, me voit... oui, mon cher, elle rit.

-Bravo, mon cher, bravo; c'est bon signe.

A este punto pasó un quídam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza lo dijo en voz alta:

-Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detrás.

-(Diable, dijo uno de los dos. -Tais toi; replicó el otro.)

-Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver a mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

-Pero habla V. bajo, que lo van a comprender.

-¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

-No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habían de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

-Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atrevería a apostar, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter francés.

-¡Cómo es posible que lo sean? ¿No va usted que no entienden lo que digo?

-Cierto, que eso me hace dudar...

(Durante esta conversación, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anoecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi a escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (a quien sin duda habían descuidado aquella tarde) no les tenía consideración, pues sacudiendo los caballos, obligó a los de a pie a volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va más lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podían contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del Salón.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar su conversación. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo originales. Hablaron largo rato de su aventura, rieron estrepitosamente, y después se lamentaron de que por haber paseado del lado de allá habían faltado a la ella con ciertas chicas que les habrían estado esperando del lado acá.

-Ya ves -decía el uno, durante la fuerza de la tarde-, ya conoces que sería muy plebeyo pasear a este lado.

-Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído más cuenta...

-Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anoecer no nos esperen.

-Cierto que ya al anoecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de tercer orden, y como si dijéramos de entre sol y sombra.

En esto, una viejecilla con dos muchachas frescas y francas apretaron el paso detrás de ellos, y llegando bonitamente a su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. -¡Ah! Fulanita, Zutanita, ¡son ustedes!- Y desde este punto y hora,

una conversación jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subían graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron a uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, La Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Enero de 1832)

Los cómicos en Cuaresma

«Amigo mío: Hallándome comprometido a quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la afición de V. a estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en ésta, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me extiendo a más, porque V. comprende mi idea, y sólo me limitaré a manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adiós, amigo mío».

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los días pasados se me insinuó mi corresponsal de... poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es cierta mi afición al teatro, también lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, después de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de D. Pascual Bailón Corredera, el hombre más a propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro; o disputando en una librería, o pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí a avistarme con él; hallele componiendo su itinerario del día (del que, en gracia de la brevedad, hago gracia a mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos a andar para desempeñarlo. Don Pascual, sin manifestarme adónde me conducía, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrían en el justo medio de nuestra negociación.

-«Porque ya sabe V. -añadió-, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo año cómico, bajan a Madrid los autores o formadores de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía; por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo o individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las partes que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos días de asistencia a toda la compañía, cobra después durante las funciones de todo el año el veinticinco por ciento o más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporción, se figura a cada individuo lo que se llama partido; verbi gracia: A. primer galán, entra con partido de cuarenta reales; B. con treinta; y C. con veinte; siendo la entrada doscientos veinte y cinco reales, tocará al primero cien reales, al segundo setenta y cinco, y cincuenta al tercero, a razón de dos partes y media; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan a cobrar más de media parte o un cuarterón del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos de la legua, y aun los de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dársele también a la escena; las demás son compañías de pipirigaña, como ellos dicen.

-¿Y hacen ellos esa distinción?

-Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose, pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. al famoso Agustín de Rojas, quien en su Viaje entretenido nos dejó una preciosísima explicación de las ocho maneras de comparsas y representantes, a saber. Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bojiganga, Farándula y Compañía. Léale usted, pues, que es rato divertido.

-Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

-Sin embargo, con poca diferencia, la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el día vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero también es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase, y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos a ver suplirá mis explicaciones».

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle Ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que según mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguán; subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció a la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles y todas

llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban o chiquillos alborotadores. Acercámonos a una de donde oímos salir grandes voces, y creímos asistir a una pendencia de provecho; mas toda ella se reducía a un cigarro que había faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores a fuer de damas y galanes nobles chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza:

«Dame el cigarro, o las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de partes de por medio para terminar aquella escena que podría figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue a la lid aquella heroína, restituida súbitamente a la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo de cartón, separadas las melenas nada airosas que cubrían su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje había eclipsado:

-¿Es V., mi querida Narcisa? (exclamó don Pascual con un arrebató verdaderamente dramático).

-¡Don Pascual! V... pues... ¡quién había de pensar!...

-¡Ingrata! ¡y qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño!

-¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado V. mi amor!

La explicación iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendía colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamome primero la atención un pantalón azul, un marsellés de calesero y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío había un cartón que en letras gordas decía: «Traje de Otelo y demás moros de Venecia y de otras partes». -Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca a lo Luis XIV, llevaban por distintivo: «Traje de Carlos V sobre Túnez». -Una mantilla de tafetán con lentejuelas y un vestido de percal francés: «Traje de Dido, y también de la viuda del Malabar, con un crespón negro». -Un tontillo, una escofieta y un jubón con faldillas: «Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto y demás comedias de Moratín». -Un pantalón de mahón figurando carne, una camisa de mujer y un cinto de cuero: «Traje de Isidoro en el Orestes». -Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho o diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien después de un buen rato de cuchicheo preguntaba a Narcisa por su marido. -No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habían apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que... -Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?... -Esos trajes son... son... -¿De quién, ingrata? -Del segundo galán.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversación y preguntar a entrambos cuándo podríamos empezar nuestra contrata.

-Ahora mismo, contestó D. Pascual: por de pronto ya tenemos dama.

-Fáltanos, sin embargo el galán, a menos que V...

-El galán (replicó Narcisa), le hallarán VV. con todos los demás compañeros en la plazuela de Santa Ana; hablándole a V. con franqueza (añadió en voz baja a D. Pascual), él no es gran cosa, pero... -Lo demás de la explicación no lo pude oír. Levantose de allí a un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hacia la plazuela.

Hervía ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrían, se agitaban, se reunían, se separaban, hablaban a voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aquí un grupo de cuatro, vestido, cuál con pantalón de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, a quien todos agasajaban y perseguían; más allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrían a firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecían sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja los que ya habían firmado. Por vía de sainete se reían de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas o alabanzas exageradas contribuían a mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando éstas, las hacían volver a empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos a los cortesanos a fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operación; hicieronlo así, y llamando por sus nombres a varios, nos los presentaron como galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio. No bien corrió la voz de que éramos formadores, nos empezaron a sitiar, a acosarnos, a embestirnos por todos lados, y mientras un galán de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del botón de la casaca y humedeciéndonos con rocío que salía por entre sus despobladas encías, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso, subido en un guardacantón, nos ensordecía a gritos para hacernos reír. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de bastón, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

-Pues, señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado a V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que éstos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de conformes, como decimos nosotros. -Y con esto se fue extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque a decir verdad, sospeché por su explicación que él debía ser el peor de todos. Los demás nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversación, en tanto que los de Madrid, con risas y señas, me daban a entender el concepto que les merecía mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él a toda costa, cuando el nombre de Narcisa, que

pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé a éste y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron a ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un particular que celebraban a la noche. -¿Y qué es un particular? repliqué yo. -Llámanse así, me contestó uno de los más mesurados, las tertulias de examen que suelen celebrarse en casa de algún actor para oír a los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que había de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solían, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal, llamar a los comediantes a sus casas para que hiciesen en ellas algunos pasos y aun comedias, y cantasen, después de haber representado en los corrales; y a esta diversión casera llamaban un particular».

-Que me place -dije yo-, y acepto gustoso el convite a nombre de mi amigo y mío.

Con esto y con dejar citados a varios para el siguiente día en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite.

Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habían acudido a aquel certamen artístico. Tuvo principio éste con varias relaciones de la Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetrarca de Jerusalén, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacían gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela. Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: sólo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario la dama por su naturalidad hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos a ésta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hacia la puerta de la alcoba, donde además se apercibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no quería representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fue animándose hasta el punto en que dice ésta:

«Todo me mata,
»todo va reuniéndose en mi daño...»

-«Y todo te confunde, desdichada»,

prorrumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hacia aquel punto, pero ya el embozado interruptor había franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, había soltado la capa, y cogiendo del brazo a aquélla,

«Mírame, ¿me conoces?... ¿me conoces?...»,

la dice con toda la verdad y rabiosa expresión que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestación y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos a aplausos y bravos, y éstos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir a la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
»Por un medio distinto... ¿Ves la carta?
»Pues mira la sortija, aquí la tienes».

Pero viendo que Edelmira nada respondía, que el galán primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponía a recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos a sospechar que allí podría haber algo más que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente a D. Pascual, diciéndome al despedirse: - «Es él...»

Apresurámonos todos a volver en sí a Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora a una reconciliación conyugal, que terminé yo apalabrando a entrambos para mi compañía. En cuanto a Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes días acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí a mi amigo una carta de remesa. Al cabo de unos días me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832)

Los Aires del lugar

-No hay remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que nosotros los físicos llamamos humores acres, proclives, espontáneos y corrumptes; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. a tomar aires fuera de Madrid.

-Si V. me lo ordena...

-Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginación de V., demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distracción y desahogo: al mismo tiempo, le es a V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá a V. sus fuerzas y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos o inocentes que no ha experimentado aún.

-¿Y hacia dónde parece a V. que dirija el rumbo?

-A donde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano y a bastante distancia de Madrid.

-No entiendo esa última circunstancia.

-Pues créame V., y sígala, aunque sea sin entenderla.

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó a este punto su sombrero, y me dejó, sin más preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí a rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; ítem, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio a donde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros e inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba a seguir durante algún tiempo. Pero por más que cavilaba, nada decidía, hasta que resolví salir a la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad a veces sabe más que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese a casa de don Melquíades Revesino, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que a mí me desvelaba, quiero decir, en salir a tomar aires a un lugar.

Motivaba esta improvisa determinación (a lo que supe después) cierto amorío de la niña de la casa con el joven don Luisito del Parral, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de extranjerismo aprendido en un viaje que hizo a Bayona; por un tono decisivo y abierto, natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir, debida a la sabia tijera de Rouget, mozo, en fin, a la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues éste tal era el que, inflamando el corazón de Jacinta (que tal era el nombre de mi heroína), alteraba la paz de aquella casa y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza aumentaban desde el día en que al celoso don Melquíades se le ocurrió privar a aquél de la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de sus más solícitos cuidados: se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado a la Ópera y de ésta al baile; pero nada era suficiente a borrar la impresión que el mancebo había hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, había declarado solemnemente que la chica

adolecía de una melancolía que acabaría con ella, si por el pronto no se tomaba la determinación de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar a efecto tan sabia determinación, y he aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de dirección.

Nada les podía servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venía, lleno de la misma ideal y cargado además de erudición geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente a fijar la cuestión. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas; salté ríos, y dejé a todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre hartamente frecuente en ciertos sabios del día); pero a todo se me contestaba con esta pregunta: «¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?» Y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no había forma de reducirles». Por fin, después de largos y acalorados debates y comparaciones geográficas, históricas y críticas, determinamos, de común acuerdo, que el viaje sería a Carabanchel, célebre lugar situado donde acaso más de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobación general, y desde aquel momento ya no se pensó más que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí a ocho días. Don Melquíades salió a contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacén de Carrillo a comprar trajes y adornos de camino, a consultar de paso con madama Adela la forma de los sombreros, y a despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció a sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que, hasta pasadas seis leguas de Madrid no teníamos necesidad de él; otro se encargó de preparar una casa, un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió a componer una despedida cantáble, y yo me volví a empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y a comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos más lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos a disfrutar, pasaron aquellos ocho días, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquíades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demás, fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, a quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, a la vista de Carabanchel de Abajo.

Entre tanto, nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados y animando a Jacinta (que nunca había pasado del Canal) a regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, o de tal cual colina de arena que interrumpía la uniformidad del paisaje. Por fin, después de varias preguntas de cuántas leguas habíamos andado ya, después de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos a ver a lo lejos, después de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable a Carabanchel, sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias a la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie a tierra en una calle de cuyo nombre no quiero acordarme, y ocupamos la casa que se nos tenía preparada: componíase de una salita baja con dos rejas a la calle, una alcoba y varias piezas y dormitorios interiores que daban a las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prisión del Maragato, no correspondía en nada al precio que se nos había exigido ni a la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposición de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto, nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes: franquearon su puerta a una caterva de muchachos en camisa, que nos perseguían con el epíteto de lechuguinos de Madrid, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse a ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria, que pusieron sobre una silla, y para hacer que inundaran el agua a cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, y no lo había hasta de allí a una hora; quisimos vino, y nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traíamos, y aun así no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos formaban a nuestros oídos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido a la algarabía que traían las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas, que no cerraban bien, nos hizo pasar un rato agradable, parecido a los varios que después tuvimos ocasión de disfrutar. Pero ¿para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida a que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un día, puede servir de molde para los demás.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningún objeto nos excitaba a madrugar, porque el día se nos hacía más largo e insoportable, porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fermentado almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patrón, Ferminillo, mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducían a saber tal cual familia que había llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traían, lo que gastaban, lo que comían, etc.; luego solía amenizar la relación con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal o cual multa o encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse a la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigíamos a alguno de los jardines y huertas particulares, donde (previa una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero o una recomendación del estercolador) podíamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solía venir el conde o el marqués propietario, y, o le teníamos que abandonar el campo, o que deshacernos a cumplidos y cortesías. Salíamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercía ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante población (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reían de buena fe al mirar el sombrero de Jacinta, o al verme a mí llevando su sombrilla)

nos dirigíamos a visitar algunas de las familias compatriotas, a las cuales encontrábamos, o bien entregadas a un profundo sueño, o bien ocupadas en echar de comer a las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Gaceta de Madrid, y todos, en general, quejándose de que el día en Carabanchel tenía cuarenta y ocho horas. En fin, después de proyectar algún paseo para la tarde, nos retirábamos a nuestra casa a despachar la parca comida, siempre, compuesta de los mismos artículos, de pollo y tortilla, al menos que algún propio enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las Eras, o bien al otro Carabanchel, en unión de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once o las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada día nos parecía más necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mía no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que hacíamos en un país árido e ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecía el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tedio y desazón: la mezquindad de la habitación y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privación de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermín nos contaba, todo era muy a propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince días (de los cuales, según mi cuenta, pasamos durmiendo los diez y medio) se empezó a tratar de volver a Madrid. Un incidente imprevisto vino a precipitarlo.

Hacía dos o tres noches que yo había visto por las ventanas que daban a las eras pasar un hombre a caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir a Fermín, vi que se hablaban y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermín que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, a pesar de que otras noches, a la misma hora, solía verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí a ocho días, cuando, reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía: llamamos a su criada, y no respondió; pasamos a su cuarto, y vimos que habían desaparecido una y otra, ítem más, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

«Amados papá y mamá: el estado infeliz a que me ha reducido una pasión violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado a dar un paso atrevido y ajeno a mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará a perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermín y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D..., su amigo de ustedes, mientras espero allí la aprobación paternal. Perdón, papá y mamá: no me aborrezcan ustedes, y compadézcanme por haberme visto precisada a este extremo. -Jacinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algún antecedente. Yo me encargué de convencer al padre; y llegado que hubimos a Madrid, viéndose invitado por la autoridad a prestar su aprobación y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por

fin a nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfacción, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido a tomar los aires, y no dudo que curará de sus males: en cuanto a mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, o me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña, más varia, ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832)

El paseo de Juana

A electrizar muchos cuerpos,
Y a cautivar muchas almas,
Una noche de verano
Salió Juana de su Casa
Juana, la que en Avapiés
Goza, por su noble fama,
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;
La que con su vista sólo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.
Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y a la media pierna llega,
y de allí, traidor, no pasa.
¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contarás
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!
De sarga rica mantilla,

Con terciopelo de a cuarta,
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,
Y en recoger las dos puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue a babor y estribor
Con un meneo que encanta,
Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza,
Alza el vestido una cuarta;
Todos la dejan la acera,
Todos vuelven a mirarla,
Y ella a todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.
Algunos, más atrevidos,
La dicen «Pase mi alma»:
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe o canta;
Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.
¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,
Andar dos pasos atrás
Mirando si le reparan,
Hasta que más reflexivo
Sigue su camino y marcha!
Y a don Cosme, el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver a Juana se para,
Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega a alcanzarla
Dala entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chochees,

Con voz trémula y cascada;
Juana le mira y se asusta
Al ver su figura extraña,
Hasta que rompe en reír
Y le deja... ¡Cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.
Formando iba mil proyectos,
Y Contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.
Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.
Avanza luego atrevido,
Y sin mirar más que a Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.
Juanilla, a quien el pudor
(Como el natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra
Y el cadete, conociendo
Que otorga todo el que calla,
Marcha al lado, y tanto dice,
Que al fin le responde Juana.
Arman, pues, conversación,
Y yo no sé de qué hablaban;
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.
Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,
Quiere probar su paciencia,
Y a un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,
Le para, y empieza a darle
Conversación más que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata
Hasta que, compadecida
De su situación la Juana,
Se despide del vecino
Y hacia el cadete ya marcha.
Éste, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve a expresar su contento,
Vuelve a la dicha turbada.

Llegan, después de un buen rato,
De la tal niña a la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compañía.
Una escalera de torre
No es más peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.
Él, que se miró en lo oscuro,
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado,
Y la escalera era mala,
No subía un escalón
Sin que un susto le costara
Porque en el que no caía,
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y a la puerta Juana llama:
Ábrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada
(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.
Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;
Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta;
Vase después, y los deja

En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño.
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.
Juana era caritativa,
Y así vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.
Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y a su lado, en simetría,
Dos tiestecitos de albaca;
Un espejo sin azogue,
Del Dos de Mayo una estampa,
Y un pandero en una esquina
Enfrente de una guitarra;
Tres desvencijadas sillas
Concluían de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

Pero... ¿adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah buenas maulas!
Mas, silencio, que a la puerta
En este momento llaman,
-«¿Quién es?» (pregunta la vieja).
-«Abra usted, señora Claudia.»
-«¡Ay, Juanita, que es el Zurdo!
¡Por Dios, que no sienta nada!»
Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,
Entra y toma posesión
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale a ver su buena alhaja,
El cadete, de puntillas,
Se va por la puerta falsa
Agarrado de la vieja,
Bajando a oscuras la escala,
Y al encontrarse en la calle,
Su razón ya despejada,

Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.
Pero no sólo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;
Y entonces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡Oh placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832)

El amante corto de vista

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algún crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del Curioso? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten a sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

-Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen a caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor corto de vista donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho a V. que esta enfermedad de moda no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravación de costumbres, de los vicios de la educación, o de los excesos de la juventud? Conque, ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdicción de mi benigna correa; conque ya V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No?... Pues manos a la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la elección de uno. Tóquele por hoy la suerte a Mauricio R..., y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras. -¿Y quién es el tal? -El tal, señoras mías, es un joven de veinte y tres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre a primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es por lo tanto extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al joven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista; muy corto de vista; lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reírse, que mi héroe no lo toma a risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, o para sorprender con su inevitable lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido; y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto a otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y sólo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compás de la Mazzowrka! Y Mauricio a los veinte y tres años no podía determinarse a dejar de bailar la Mazzowrka. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero además de la prudencia con que lo usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban a suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvía rápidamente hacia él sus bellos ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasión de hablar con ella, ¿quién lo había de prever un minuto antes? Si creyendo sacar a bailar a la más hermosa de la sala se hallaba con que se había ofrecido a una momia de Egipto ¿de qué le servía el lente un minuto después? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocía esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se había complacido en punzarle ligeramente, vino por fin a atravesar de parte a parte su corazón; y una noche en el baile de la Marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo menos de espontanear una declaración en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó a reprenderle,

«Fauie d'avoir le temps de se metre en courroux».

Y he aquí a mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habían hablado largamente; tres rigodones y un galop no habían hecho más que avivar el fuego de su pasión; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba protestas y juramentos; tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaría al balcón; la iglesia donde acudía a oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidáis en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente a la mamá y a una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió a prevenir a su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dio después a conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente día a la calle donde vivía su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le había dicho que era número 12, y que hacía esquina a cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde que le vio venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estáis enamorados!) tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcón, ostentó a su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado a seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se había asomado al otro balcón. Este desdén inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvía la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) a hacer un paréntesis a su amor, y hablar a la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcón de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella a la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor había hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcón. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que había visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró después la casa, y alcanzando a ver Visita general, número 12: ¿cómo pintar su desesperación?

Tres días con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcón permanecía cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercera noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del doble antejo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver a la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma a la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace a señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas a su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase a la niña y la dice:

-Señorita, perdone V. mi equivocación... si sale usted luego al balcón la diré... entre tanto, tome V. el pañuelo.

-Caballero, ¿qué dice V.? -le contestó una voz extraña, a tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino a revelar que hablaba a otra persona, si bien muy parecida a su ídolo.

-Señora...

-¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

-¿Qué es eso, niña?

-Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.

-Señora... yo... dispense V... el otro día... la otra noche, quiero decir... en el baile de la Marquesa de...

-Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

-Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...

-A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos a V. las gracias.

Un rayo caído a sus pies no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo había atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocación de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposición del drama, y él no sabía qué suerte iba a correr el tal papel.

Trémulo e indeciso siguió a lo lejos a las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oído por ver si escuchaba algún diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, o la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oídos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró a su casa a velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedía en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender a la niña, había descubierto el billete, se había enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, había resuelto, por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galán con el objeto de que no le quedase gana de volver; hicieronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operación se fueron a dormir, seguras de que a la mañana siguiente pasaría por la calle el desacertado galán. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habían dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse a mirar. Estando así, oye abrirse el balcón: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso a recibirle, y encuentra... el balcón se había cerrado ya, y la esperanza de su corazón también.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince días pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan a gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles; y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversación de sus amores respectivos. Mauricio, con su franqueza natural, contó a su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habían proporcionado; pero al acabar esta relación sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde, entre otras personas, observó sentados a

un militar y a una joven: arrímase un poco más, saca su antejo... (¡Insensato! ¿por qué no lo sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenía sentada junto a él oyendo su conversación era nada menos que la hermosa Matilde. -«¡Ingrata!...» -Fue lo único que pudo articular; mientras el papá llamaba a un muchacho para encender el cigarro. -«Yo no he escrito ese billete». (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) -«¿Pues quién?...».-«No sé... llévelo V.; a las doce estaré al balcón».

La esperanza volvió a derramar su bálsamo consolador en el corazón del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcón; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones! Aquella noche se le había antojado al papá tomar el fresco después de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitación de Matilde, que le rogaba se fuese a acostar para evitar el relente.

-Bien mío -dijo Mauricio con voz almibarada-, ¿es V.?

-Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo), ¿es contigo esto?

-Papá, conmigo no señor; yo no sé...

-No, pues estas cosas, tuyas son o de tu hermana.

-Para que vea V. (continúa el galán amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.

-A ver, a ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy a leerle...

Dicho y hecho; éntrase a la sala mirando a su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee... Caballero; si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscreción hacer concebir a V. esperanzas locas...

-¡Cielos!; pero ¡qué veo!... ésta es la letra de mi mujer...

-¡Ay, papá mío!

-¡Infame! A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...

-Pero, papá...

-Déjame que la despierte, y que alborote la casa.

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer a toda la vecindad, con no poco susto del galán fantasma, que desde la calle llegó medio a entender el inaudito quid pro quo.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama a la puerta: asómase el padre al balcón: -Caballero, tenga V. a bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta. -El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta: -«Escoja V.», le dice. -«Serénese V., contesta el joven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinación desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela».

Aquí hizo una puntual y verdadera relación de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitación del celoso coronel.

Al siguiente día la Marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello. Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; a pesar de que ésta, mirada de cerca, a buena luz, y con anteojos, le pareció a aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algún otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operación, que era... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832)

El barbero de Madrid

¿Sabe V., señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los días están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme a una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerles a tal o tal hora determinada. Y no dígo por el mío, pues éste claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo a mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme a escribir algo, si es que mañana le he de responder con papel en

mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y... Pero entiendo que antes de empezar a escribir, bueno será pensar sobre qué... Así lo recomienda el célebre satírico francés:

«Avant donc que d'écrire, apprenez à penser».

Mas no hay por qué detenerse en ello; sino imitar a tantos escritores del día que escriben primero y piensan después. Verdad es que también piensan los jumentos.

Repasemos mis memorias a ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos. -(Aquí el Curioso da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo como el que piensa. La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis). -Hola, maestro ¿es usted? me alegro, con eso hablará V. por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que aquél le retrató Beaumarchais, y a éste le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla también; además de que ya lo han ofrecido, cantado y rezado y aun en danza, y nos lo sabemos de coro. Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del día; no vestido de calzón y chupetín, sino de casaquilla y corbata; no danzarín, sino parlante como yo; no... pero, en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

-Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristán del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir amén; de manera que con el señor cura, mis padres y yo componíamos todo el Cabildo. En mi casa se tenía por cosa cierta que yo había de llegar a ser fraile francisco, porque así lo había soñado mi madre, y ya me hacían ir con el hábito y me enseñaban a rezar en latín; pero por más que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras había vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni más ni menos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma: tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera a que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mía, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la Carrera de San Francisco de esta heroica villa, en casa de un primo mío; y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y a mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de Cirugía y llevaba dos años de asistencia al Colegio de San Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto a la anatomía, que se empeñó en diseccionar a su mujer. Así, que yo, luego que perdí el miedo a las terribles expresiones de fisiología, higiene, terapéutica, sifilítico, obstetricia, y otras así, de que abundaban aquellos librotos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesión; y por el pronto aprendí a afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina a quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar de limosna.

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé a mi primo y me puse en otra barbería, donde había una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de Anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo a practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa también, marchando a seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité a la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasión. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabía tanto como mi maestro, y que sólo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un examen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razón de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo vergonzante que suele caerme; y si no mirase al día de mañana, créame V. que la vida que llevo no es para desear mudarla. Porque yo me levanto al romper el alba, y después de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitarse a algún otro aguador o panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio a asistir en clase de oyente, o a ver mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algún cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer a tal otra, o alguna tienda de vinos que visitar. Empieza después la operación de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto en casa de una Marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle unguentos y brebajes; en otra casa, el Sr. D. Cenón, que ha sido atacado del reuma, me obliga a ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra D. Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de más allá una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida a la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la extendida magra, ya la succulenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi examen, con la condición sine qua non de casarnos el mismo día.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo a la tienda tan contento de mí, que no me trocaría por el mismo maestro; y con esto, y con asistir a alguna operación quirúrgica, rasurar tal o cual escotero, o rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el día. Llega la noche, y como caiga algún enfermo que cuidar, o que velar algún muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, o entre responso y gemido, hago mis escapatorias a colgarme de la ventana de mi Dulcinea, a quien despierto con los tiernos

acentos de mi voz. He aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mí santiguada, que yo no. -

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponía a proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salía, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta y acordándome de la narración de mi barbero, asaltome la idea de que diciendo lo que él habló, tenía coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las más limpias.

Hícelo, en efecto así, y me fui a acostar muy satisfecho; mas no bien cerrado los ojos cuando un ruido extraño me despertó. Pareciome oír puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como D. Diego en el Sí de las Niñas: «¡Pobre gente! ¿quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música?», volvíme del otro lado con intención de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

«Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mías.
»Que sus saetas
Tienen más poderío
Que mis recetas».

No me pareció del todo mal el concepto barberil; y por ver si continuaba, o yo me había equivocado, dejele echar el prelude de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba a la ventana, a pocos pasos de donde yo me había colocado. La guitarra concluyó el prelude, y la voz volvió a cantar:

«Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oír los suspiros
De quien te adora.
»Depón el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro».

-Y yo tampoco duermo, señor rapista, porque las voces de V. no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome a la ventana). ¿Parécele a V. que aquí somos de piedra como el guardacantón de la esquina? O ¿qué horas son estas para venir a alborotar el barrio? Por mi fe, señor Monaguillo Parlanchín, que así vuelva V. a tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está a mi espalda no le tornará a colar más chorizos en la bacía. -

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui a acostar. Pero a la mañana siguiente se me presentó el compungido galán; luego la trasnochada dama, y jugándola

ambos de personajes de comedia, se pusieron a mis pies pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué había yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga clásico u romántico: celos con gravedad, y después de un corto y mal dirigido sermón, les dispensé mi venia; ítem más, me ofrecí al padrinazgo y aun a completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832)

El campo santo

Muy pocos serán (hablo sólo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexión) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que la tristeza tiene su voluptuosidad. Con efecto ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegación de uno mismo que nos inclina en ocasiones a hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su extensión, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre a todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginación la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo a sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga más que la agitación y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habían obligado a dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginación, me dirigí fuera de la villa, adonde más libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce a aquél. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habían interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedía a aquella animación. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome sólo un instante para saludar a la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecía alrededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistía ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinación de ésta me dio a conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sobre sus goznes me dejó ver el Campo Santo.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí a la iglesia que veía en frente, mirando a todas partes por si descubría alguno de los encargados del cementerio; pero a nadie vi, y mientras hice mi breve oración tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví a salir de la iglesia a uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo a lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas e inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideración, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetía el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subía de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, o de aquellas personas a quienes vi brillar en el mundo.

-¡Y qué! -decía yo-; ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria de saber? «Aquí yace el excelentísimo señor Duque de...» ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido».

¿Pero qué miro? ¿Tú también, bella Matilde, robada a la sociedad a los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, a quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un montón de tierra?... ¡Adulación, adulación por todas partes!... «Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad a los 87 años...» ¡Lisonjeros! escuchad a Montaigne, y él os dirá que a cierta edad no se muere más que de la muerte... Pero allí, sobre una lápida, un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podía ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el día escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, o no se entierran en su patria... Y si no ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Meléndez, Moratín?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos a otro patio, por ver si se encuentra alguien... nadie... La misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que exprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el día de la muerte, y nada más... y de este otro lado aún no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar a la generosidad actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro a hablarle.

-Buenos días, amigo.

-Buenos días -me contestó el mozo como sorprendido de ver allí a un viviente-. ¿Qué quería V.?» -añadió con el aire de un hombre acostumbrado a no hacer tal pregunta.

-Nada, buen amigo; quería visitar el cementerio.

-Si no es más que eso, véalo V.; pero algo más será.

-No, nada más: ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

-¡Y tanto como tiene! ¡Ay, señor, nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga a turbar su reposo!

Esta expresión natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.

-¡Qué quiere V.! -contesté al sepulturero-, todavía no se ha desterrado la preocupación general contra los cementerios.

-A la verdad que es sin razón, pues ya conoce V., caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilación, esta limpieza, este orden... Recorra V. todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas, no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar a la vista; mas por lo que hace a las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer día de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valía más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devoción, y más preparados a los banquetes y algazara de aquel día, que a implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que así se llamaba el sepulturero; y así fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal o cual nicho más notable; después llegamos a un sitio donde había varias zanjas abiertas, y en una de ellas...

-¡Qué lástima! -me dijo José-: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mujeres u hombres; pero esta pobrecita..., ¡qué buena moza!...- y hurgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, joven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetía:

-¡Ay Dios mío! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!

Esta exclamación enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad, al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadón sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba a prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví a declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio; este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

-¿Cómo se llamaba?

-Don...

-¿En qué año murió?

-En 1820.

-¿Ha pagado V. renuevo?

-No; ni nadie me lo ha pedido.

-Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

-¿Cómo?

-Sí señor, porque no pagando el renuevo del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

-¿Y por qué no se me ha informado de ello?

-Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos a la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Día 5 de enero; don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mío! Ya no estabas allí... otro cuerpo había sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, a quien tú legaste tus bienes y tu buen nombre, se veía privado, por una ignorancia reprensible, del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba!... Entonces José, llevándome a otro patio bajo de cuyo suelo está el osario o depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: «aquí está»; a cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándose José y marchando delante de mí, seguile con paso trémulo y entramos por una puertecilla a la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho: -Vea V. desde aquí -me dijo-, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!... -y parecía complacerse en mirarle...- Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y después sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha

elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor. Después, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitación llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?... para venir a hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José, agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

«Mihi frigidus horror

Membra quatit gelidusque coit formidine sanguis.»

Abrimos la puerta a tiempo que el compañero Francisco, guiando a cuatro mozos que traían un ataúd, nos saludó con extrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese a salir de allí. Preguntele de quién era el cadáver que conducía, y me dijo que de un poderoso a quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡Infeliz! ¡y no había un amigo que le acompañase a su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducía a las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animación del pueblo, parecíame ver una tropa que había hecho allí un ligero alto para ir a pasar la noche a la posada que yo por una combinación extraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832)

El aguinaldo

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de El Ermitaño a describir la costumbre de los estrenos (étrennes) o regalos de Año Nuevo que tan en boga está en Francia y en otros países, y razonando sobre ello con su profunda erudición, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, a quien en un día de Año Nuevo se había hecho el presente de algunos ramos consagrados a Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar a buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos

en lo sucesivo llamándoles *strenae*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *étrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre a que se refería ha caducado también, pues si bien es cierto que aún se conservan algunos regalos de principio de año, a consecuencia de la burlesca ceremonia, aún bastante generalizada en las tertulias, de sacar a la suerte en la víspera de Año Nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasión de lucir nuestra generosidad pocos días antes, en las dádivas llamadas de aguinaldo con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro aguinaldo que los *étrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice: -Y por ser a cuatro días de mi llegada día de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte. -Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Covarrubias cuando la hace venir de la voz árabe *guindum*, que significa regalar, o de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el día de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz aguinaldo (o *aguinaldo*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso, como en Francia (según nos la describe el ya dicho Ermitaño), en un cambio mutuo de todo lo que la perfección de las fábricas, el genio de los artistas o el buen gusto de los literatos ostentan a porfía en ocasión semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados a vivificar las artes y el comercio, o a hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes o cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos a verlo.

En el año 1824 tenía yo en mi casa un alojado francés, oficial de la guardia real, el cual por razón de cierta herencia habida de una tía suya casada en Alicante, permaneció en España más tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo además de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relación con muchas personas de todas clases, que le recibían en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que más de una vez he querido hacer partícipes a mis lectores, y que servirían ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocación cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del día, sólo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisién corresponder con aquellas personas a quien debía obligaciones o amistad, de un modo relativo a su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre los *étrennes* que debería regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino a proponerme sus intenciones, a saber:

En primer lugar, a cierto personaje a quien él debía singular protección y benevolencia, le destinaba una primorosa colección de clásicos de la literatura francesa; a una señora,

cuya influencia le había servido de notable recomendación, le ofrecía un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; a su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenía los códigos franceses o ingleses; al agente de sus negocios, le brindaba un semanario con registro de agenda para todos los días del año; a la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbrón; y por último, a la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosaico, que contenía las poesías más sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreírme al escuchar tales propuestas; mas sin replicar una palabra, parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto, pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme a fábricas y librerías, hice rumbo hacia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabía poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné a mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis o siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa a la Chateaubriand, cuáles en verso a la Víctor Hugo, y todas alusivas a los diferentes objetos que remitía. V. gr., empezaba la del personaje: -«La voz de la sabiduría busca los oídos del sabio; permitid, señor, a los autores clásicos de nuestra literatura que vayan a acogerse bajo la superior inteligencia de V.» -Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de Peralta, Pedro Jiménez, Manzanilla y otros diferentes autores.

Seguía la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad

Ellos, señora, al dirigirse a ti,
De un corazón sensible a tu bondad
La gratitud expresarán por mí.

Y a este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un tutti parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...», y sin dejarla proseguir le presentó un precioso bolsillo que contenía una cincuentena de escudos.

Proseguía la del agente: «Trescientos sesenta y cinco días bien empleados...» y a este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me había equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venía después la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ellas de cuadros, que al instante hice salir una colección de ellos capaz de guarnecer la más amplia despensa. Por último, al prorrumpir con la carta de la querida en la mano: -«¿Qué podré yo dedicar a la virgen de mis primeros amores que reúna en más alto punto la sensibilidad y el gusto más delicado?» «Una caja de mazapán de Toledo», exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de las pavos, exclamó. -¿Cómo?

¿qué es esto? ¿usted pretende ponerme en ridículo? -Nada menos que eso, amigo mío, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitársele a V.; además, que yo creo haber cumplido con sus instrucciones. Usted me encargó una colección de autores clásicos, ¿y no lo son Pedro Jiménez y demás? -Unas aves disecadas, ¿pues qué les falta a esas para serlo? -Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno. -Un semanero; ¿y cuál más a propósito que una cuelga de chorizos? -Una colección de cuadros; ¿y no lo son también los del tocino? -Una obra de ingenio; pues bien, según mi dictamen, pienso que lo es una caja de mazapán.

Pero dejando a un lado las chanzas, amigo mío, ¿párecete a V. que estamos aquí en París? ¿o piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No; si no, eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no, señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (a Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí, señor; pero no podrían sacar a un hombre del apuro del día, y así lo agradecerían los regalados como por los cerros de Úbeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá cómo todos piensan de ese modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitación de la naturaleza tan recomendada por los artistas; desengañese V.; éstos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estatuas, pinturas, producciones raras de los tres reinos! ¡Bravo! Asómese V. a ese balcón y verelas cruzar en todos sentidos, pero sólo del reino animal y algunas pocas del vegetal, para la colación de Noche buena: en cuanto a piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire V., mire, V. todos esos mozos qué cargados van, pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas. Vea V.; chocolate... longanizas... confitura... turrón... ¡y luego dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea digno de observar. Y no hubo más, sino que, agarrándole del brazo, di con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provisión de víveres capaz de asegurar a la población de Pekín, y bien que acostumbrado al redoble del parche o al estampido del cañón, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos vivitos de hoy; el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendían de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban a la opinión pública los dichosos a quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaba a las casas de sus conocidos de la corte a pasar las pascuas a mesa y mantel, en justa retribución de una alcantarilla de arropo o una cestita de bollos que traían de su lugar: el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le había picado el rabel, cuál porque un asesino le había llevado de un embrión entrambas piernas del pastor del arcabuz, o de la charrita de Belén; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

-¿Cómo (exclamaba el extranjero), y es ésta la nación sobria y taciturna? -Eslo sin duda, pero dulce est disipere in loco, y algún día en el año habíamos de hacer traición a nuestro inevitable puchero y nuestra eterna prosopopeya. -¿Mas cómo puede llegar a consumirse toda esta provisión, que parece destinada a sostener un sitio de cuatro meses? -Yo le diré a usted. Dedicándose todos a la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los días los convites de familia; poniéndose unos a otros en contribución de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la población de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar a soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mío, sea V. romano en Roma, expida desde este central depósito aves y turrone; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por V., y si son malos, todas las epístolas de Cicerón no bastarían a hacerlos buenos. Recorra después las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado a los semblantes, y toda la dulzura del mazapán se ha comunicado a los labios.

(Diciembre de 1832.)

El extranjero en su patria

Preparábame a sentarme a la mesa a la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oídos. Ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige a mi habitación a largos pasos, y en llegando a ella, y delante de mí:

-¿Es a Mr. de... (me dijo) a quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?

-Fulano de Tal, para servir a V. (le contesté yo levantándome con atención).

-C'est egal; vos sin duda no me reconoceréis; ello es posible; eh, bien; yo seré obligado a deciros quién yo soy.

-A la verdad que no caigo...

-Ah mon cher! Ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, a la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy a mi patria de otro tiempo.

-¡Cómo! ¿Usted es español?

-Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinación ni por carácter.

-Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habían persuadido...

-Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; hélas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido a Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros); y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.

-Pues, señor mío, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento...

-Oh mon Dieu! est il posible? ¿o hacéis semblante de ello? Parbleau! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al joven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?

-Me hace V. dudar...

-¡Ah! no lo dudéis, señor; es monsieur de Reveseint, que es mi padre.

-¿Cómo? ¿el hijo de D. Melquíades Revesino?

-A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.

-¡Ah, querido amigo!

-Oh mon cher!

El público lector no tiene obligación de acordarse ya de la familia de D. Melquíades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje a Carabanchel; y como allí no lo dije, habrá de decir ahora que el dicho D. Melchor, además de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es también padre del joven Camilo Revesino, a quien hacía nombrarse Mr. de Reveseint; la misma manía que al italiano Signor Giovanni Trotini, que viajando por Francia se hacía llamar Monsieur Trotein; en Inglaterra, Mister Trotan, en Rusia, Trotonoff; en Polonia, Trotinski; en España, Don Juan de Trotinos, y en Portugal, o Senor Troutiño.

Pero viniendo a mi Camilo, este joven, después de aprender la Gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las continuas relaciones de los viajeros, llegó a persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y a quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educación

en la capital de Francia, donde podría adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono, y pudiendo en él más esta persuasión que el sentimiento de separarse de su hijo, envíole a París bien recomendado. El joven Camilo, que contaba a la sazón doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas a olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que a la vuelta de dos años pasaba por mi verdadero francés, y aun él mismo llegó a persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecían en proporción de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de Historia, Matemáticas, Física, Química, Dibujo y demás, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolución. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podría ser a su hijo tan prolongada separación de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad más decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres e inclinaciones que le harían parecer luego una planta exótica en su mismo suelo, además de que no faltaban en éste los medios de recibir una esmerada educación, pudiendo después viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar sólo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de D. Melquíades, seducido con la idea de tener un hijo que, según él decía, había de llegar a ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinación, negándose a llamarle hasta que cumpliese los veinticuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfacción de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura por todas partes resonaban los elogios del recién venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en cafés y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los continuos desvelos desastres afamados; la narración animada de sus aventuras servía para reunir en torno de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos, y las más altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisién.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraría a los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme a su carácter y costumbres. Por ejemplo, la distribución de sus horas era diametralmente opuesta a la de la familia; pues él se desayunaba a mediodía, comía de noche, y no dormía hasta las dos de la mañana; su conversación era siempre en francés; llamaba a sus padres de tú, y de vos a los criados, bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba a su hermana y reñía con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violín, o tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y, en fin, tenía toda la vivacidad propia de un francés y de un joven de veinticuatro. Por otro lado, se hablaba de comida: -«¡Oh, las fondas de Veri o Rocher de Cancale!» -Iba al teatro: «Ah, que teatros los de París!» -Se lo convidaba a los toros: -«¡Bárbaro espectáculo!» -Salía a la calle: -«¡Peste de país!» -Volvía a su casa: -¡Oh, mon hotel garni!»

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó a hacerse insoportable hasta en su misma casa, en que todos los días daba lugar a cuestiones; y aun en

la visita que al presente me hacía, me dio a entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba a su corazón. No pude dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de D. Melquíades, y aunque por la misma conversación del joven creí penetrar la causa de su aversión, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entretanto, hícelo presente con franqueza, que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, había retrasado una hora mi comida, y convidele a participar de ella, no aceptó, por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comía, que a aquella hora no había apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vio salir la fuente con todo lo interior de la otra castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y malsano, a lo que por única respuesta le contestó que sin duda debía surtir tales efectos muy a la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestión. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida, llegó a entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; a esto ya no pudo sufrir más, y saludándome con el nombre de español incorregible, se separó de mí, menos contento que a su llegada.

A la mañana siguiente pasé a pagarte la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfacción se hallaba mezclada con algún disgusto, como en efecto no tardó en declararme.

-¿Tiene V. presente, me dijo en voz lastimera! cierta disputa que tuvo con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educación en Francia?

-Sí, señor, y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

-¿Pues qué diría V. si la experiencia me inclinara hoy a sostener lo contrario?

-Es imposible; las relevantes cualidades que adornan a su hijo de V., el aplauso que lo rodea, y la satisfacción interior que de ello debe resultar a un buen padre, son causas bastantes para afirmar a V. en su primitiva opinión.

-¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven a él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversión inexplicable a todo lo que le rodea, bastante a hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

-Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso para ellos no haya V. consultado el corazón de su hijo.

-¿Y qué más puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la Administración; se me ha opuesto a ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

-Ha dicho muy bien; y pocos a quienes se ofreciera un empleo contestarían del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

-Le he indicado después la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algún día obligarte a dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educación, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

-En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

-Le he hablado después del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice suele tener entre nosotros esta profesión.

-Puede que no esté equivocado.

-Las carreras de la Iglesia o del foro no he podido siquiera indicárselas, porque, en efecto, no ha hecho los estudios que a ellas conducen; mas, por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase a tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada, y ha rechazado con violencia mi proposición, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

-Y tiene mucha razón.

-Ahora bien; pasando después al punto de su matrimonio, le he presentado a varias personas dignas de llamar su atención; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece a su vista de modales elegantes, y de buena compañía, como él dice; la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la Geografía y la Historia; otra piensa muy en español; otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay a propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

-Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de V. ha renunciado a su patria, y que la educación extranjera, dando otro giro a sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarlo en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educación es una segunda naturaleza, acaso más fuerte que la primera. ¿Y quién sabe también si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de V. es joven y ardiente, ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?...

-«V. ha encontrado lo justo (exclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traición a mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años ha que una señorita de París es objeto de mi amor».

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaración, hasta que volviendo en sí D. Melquíades intentó reprender severamente a su hijo, pero tomando yo la palabra:

-No es ya tiempo -le dije- de reparar un daño de que V. fue la causa principal; sufra V., amigo mío, que se lo diga; V., separando a su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar a que este joven apreciable se vea, a pesar suyo, hecho un extranjero

en la patria que le dio el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que le son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaría otros placeres que los nuestros, y ellos habrían bastado a su felicidad y la de V. Llore V. ahora el haber renunciado a esta dicha, robando al mismo tiempo a la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinación a que le llama la suerte.

Camilo, al oír esto, se arrojó a los pies de su padre, y le pidió permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podía evitar.

Volvió, en efecto, nuestro joven a la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia...¡Cuántos así!

(Enero de 1833)

La capa vieja y el baile de candil

«¡Bravo título! ¡Digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono».

Tales o semejantes exclamaciones zumban ya en mis oídos, proferidas por ciertos críticos de salón, de éstos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡Pobres gentes! ¡Como si ellos lo fueran!

-Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigranas? ¿Ignoran, que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar a esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos o inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia

tratándose de toda una capital? No hay remedio señores míos; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que lo abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumplieren llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniéndome agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chibiritil, a quien llaman tienda, ya figuran airosos a campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del ámbito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que más de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del Bajo Imperio; y considerando por otro lado que todos o gran parte de aquellos objetos podrían haber sido conquistados en buena guerra, me disponía ya a dirigirles una alocución romántica, cual si fuera espada del Cid o escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó a ser diálogo, cuando volviendo la cabeza, me hallé detrás de mí al amigo D. Pascual Bailón Corredera, a quien no había vuelto a ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de Los Cómicos en Cuaresma. Llenome de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando, al pasar por una vieja prendería, parose D. Pascual como herido súbitamente, dándome lugar a un mediano susto; mas sin reparar en él, corre a la tienda, alcanza una capa vieja que pendía a la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz... -¡Ella es -exclamó con ademán doliente- la compañera de mi juventud, la encubridora de mis extravíos, ella es! Y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

-Pero, D. Pascual, ¿qué locura es ésta?

-¡Déjeme V., amigo mío, déjeme V. que pague este tributo a un mudo acusador mío; déjeme V. recobrarle después de largos años de separación!

Y diciendo y haciendo, pagó a la mujer que la vendía el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera:

-Creo a V. sabedor, amigo mío, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecía en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los más comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas más o menos complicadas, casos de honor más o menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educación. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo más a aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transición desde el orgullo aristocrático a los modales más

groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados; olvideme de teatros y salones; renuncié a mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un manola verdadero.

Armado con mi calzón y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echeme a buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con más determinación que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor y mi determinación para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabía que no había función en que no se contara con don Pascualito; y hombres y mujeres me festejaban a cual más, con lo cual tenía yo cierta superioridad parecida a la de un cacique en una tribu de araucanos. Contribuía en gran manera a ello mi capa azul, que aunque vieja, era aun superior a las que me rodeaban; pero como yo no quería distinciones, acerté a tratarla tan mal, que en muy pocos días logré hacerla, equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencía y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buhardillas y burdeles, palomares y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

Una tarde, de San Antón por cierto, salí envuelto en mi encubridora capa al paseo o romería de las vueltas, como es uso y costumbre en tal día. Ignoro si usted, como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasión presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias a la iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devoción se acercan por la mayor parte a la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la exposición pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas que, guiados por inexpertos jinetes, corren al trote por el arroyo o lozadal, y van a gustar la cebada bendita, la multitud de tiendas de panecillos del Santo, para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo a la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demás circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

Servía yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero basta las cejas y el embozo a las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, abriéndome paso con los codos a derecha e izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cual de aquellas estrellas había de tomar por norte, cuando al atravesar la bocacalle de San Alarcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura a una manola, para cuyo retrato necesitaría yo la pluma de Cruz o el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecían en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y a pocos pasos las seguía un grupo de majos de chaqueta y vara, a quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

Confieso a V. que la vista y la razón se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajeme un poco más el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandía, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado a un mozo que yo conocía de varias aventuras anteriores. Esto fue hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componían aquella guerrilla, merced a algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

La niña retozona llevaba la vanguardia, y a cada paso nos comprometía en quimeras y reconvenções, ya insultando a los paseantes, ya espantando los caballos, o cogiendo las ruedas de las calesas, o tirando cáscaras de naranja a los que iban en los coches. Crecía mi amor a cada una de estas barbaridades, y no perdía ocasión de expresárselo, a lo cual ponía ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galán, mientras que el marido, que también era de la comparsa, todo se volvía condescendencias y atención.

Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente, que en casa de cierta amiga había baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con más apresuramiento a aquel baile de candil, que si fuera soirée parisiense o raoul inglés.

Pasamos desde luego a la calle de San Antón, y en unas de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron a recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos a los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y palos; pero, en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mutuos, improvisamos unas manchegas que hubieran llamado la atención de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa boleras y fandango, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacén de enfrente; y a favor de la algazara que el mosto infundía en la concurrencia, creía yo poder formar con mi consabida pareja la conspiración correspondiente: pero otra más sorda dirigida por el amostazado galán se formaba a mis espaldas, no sin grave peligro de ellas. Por último, para abreviar, el baile se fue acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacén de lo tinto, a tiempo que éste empezaba ya a obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilón de tres mechas, que pendía colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos a buenas noches. Aquí la consternación se hizo general; las mujeres corrían a buscar la puerta, y encontrándola atrancada, daban gritos furibundos; los hombres repartían palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningún diccionario completaban este cuadro general.

Si licet exemplis in parvo grandibus uti,
Haec facies Troiae cum caperetur, erat.

Pero el blanco de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya dirección disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dio lugar a que la puerta se abriese, y todos se precipitasen a salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huía alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba a mi lado bañado en sangre: «¡Cielos, está muerto!» y yo, sin más pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido a la cárcel pública.

¡Qué noche, amigo mío! ¡Qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscreción; me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo

criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme un fuerte aviso, pues el hombre a quien creíamos muerto sólo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos días recobrar mi libertad. Mas esta lección, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre a aquel género de vida, volviéndome a la sociedad a que pertenecía; y tan fuerte es aún la impresión que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo a la vista de este cómplice de mis extravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mía.

-Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suelo inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles V. la misma saludable aversión que V. ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente a su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que temen comprometerla, y, sobre todo, créame V., no les permita en ningún tiempo usar una capa vieja.

(Enero de 1833)

Las niñas del día

Paseábase Diógenes con una luz en medio del día por la plaza de Atenas, buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habría buscado una mujer. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohíno a su tinaja? ¡Atención, vosotros, celibatos de veinte a cuarenta, los que a manera de nube pobláis calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes, ni conocer el código de su filosofía, tenéis la suficiente para no hallar una mujer en el Salón del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa a aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro día volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, a guisa de abogado veterano, defenderé con tesón los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oíd y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imagen; perdón os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve a delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el orden social es tal, que un

escritor célebre ha dicho con razón: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres»; por cuya consecuencia, mal podría yo proseguir en la pintura de éstas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi antejo escrutador acertase por desgracia a encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no es enojéis, sino reíd conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse a un lado, señoras viudas, alegres o plañidoras, en flor o en conserva, con tocas y lutos, o con paletina y schall; háganse a un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; ustedes también, señoras esposas, Lucrecias o Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco a ustedes tocan hoy los puntos de mi sermón. Empero vosotras (no culpéis la llaneza del estilo), niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro, os mecéis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente a frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Más privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderón, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los más ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradicción de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desdén, aquella generosa venganza, aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la más natural filosofía para cultivar la admiración y el entusiasmo del afortunado galán, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma más helada o indiferente. -Pero, me diréis, la temeridad de sus pasos, el olvido de sus más sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la...

-Tenéis razón, queridas mías, tenéis razón; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecían también más amor, más talento y menos egoísmo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo después, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas a la luz del día, delante de padres y tutores celosos que podrían muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, o tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el Desiderio y Electo, y las Soledades de la vida, eran las únicas lecturas que se les permitían; la estameña y muselina, sus galas, la costura y el bordado, su única ocupación: mas al través de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrían los cerrojos para dar entrada al hombre a quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se había adelantado, y amor que entra por la ventana (dice Marmontel), es más peligroso que el que entra por la puerta.

El filósofo Moratín, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educación violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento más refinado para burlar su vigilancia. Pero ya doña Paquita y doña Clara no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados más bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderón y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratín.

Escuchadme aquí todas, Adelaidas, Carolinas, Julias (que hasta los nombres habéis embellecido), escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy a tratar. Pero quisiera ante todo que me dierais qué premio me señaláis si llego a adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? No, hijas mías, no creáis que es mi intento ser corrector vuestro... Pues ¿qué premio ha de ser?... Ea, dareme por contento con sólo que me toleréis el que os conozca.

No extrañéis que empiece la rueda por la seductora Amalia, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretensión y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad a que pertenece, y harían atracción el pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica también a los que la miran. Desde sus primeros años fue el objeto de la adulación asalariada; separada casi constantemente, por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores a ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros a quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y éstos, por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, sólo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes a deslumbrar a su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano o bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez a sus suspiros; pero aún no es tiempo; fiel a su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde antes de nacer a un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz o desgraciado? Lo ignoro, amigas; sólo sé decir que le hará marqués...

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negaréis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña Flora? Esa marcialidad y ese despejo que formaban, mientras estuvo en el colegio, la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron más de una vez temer por los pobres amantes que algún día habían de intentar rendir un corazón dispuesto a burlarse de todo. Mas, ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! Sienta tan bien la risa a una cara infantil, que todos nos

apresurábamos a hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente a sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento a toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentación de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversación. ¿Quién es el dueño de su corazón? (pregunté). Todos creían serlo, y ella no creía que lo fuese ninguno; más de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar el posto abbandonato; más de un expediente quedó sin despachar por visitarla un joven empleado; más de un soneto hirió sus oídos, plañido por la musa de soporífero poeta; más de una espada desnuda brilló ante sus ojos. Gozosa desde su balcón, recibía estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin a conocerla y a entenderse: promesas falaces, prendas débitos de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su veleidad y mala fe; todo lo recibe de un día devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron a su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia, el desdén ajeno vino a castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre a quien ama con frenesí, y el cual es también el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible Heloisa! Un corazón hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré». ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino o la huérfana de Underlach. Se sienta al piano o al arpa; ¡qué precisión en los toques, qué afinación en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué expresión tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de Bellini no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica a toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazón, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que, adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa

Y acabada,
Menos que todas me agrada;
Porque, según mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada».

Mas volved la vista a esotro lado, veréis venir crujiendo sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda la hermosa Serafina: ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis, es hija del empleado D. Homobono Quiñones mi vecino cuya mesada no equivale a la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro?, me preguntáis. Hijas mías, si no tenéis memoria, mirad el artículo de El día 30 del mes. Serafina, seducida con la idea de un

casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar a los que no estén en estado de sostener su esplendor, y, en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano, pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad sólo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«Je ne donne mon coeur que par-devant notaire», que viene a significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazón
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano; y ya estaba casi determinada a entregar su mano a un joven rico y amable que la pretendía, y a quien ella no podía perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el Gobierno, cuando ¡oh desgracia! el joven, calculando por una proporción matemática los quilates a que subiría la ostentación de su elegante novia después del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero ¿qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oración, o teméis que llegue vuestra vez? No, no, queridas mías, nada temáis. Mudaré de conversación por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticia en el reparto de galones y charreteras, os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del Journal des modes. No me aborreczáis; pediré prestado el estro a un amigo mío para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertación para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas a hacer al encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandonéis, y os serviré para ayudaros a hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinión en cuanto a óperas y dramas; os leeré a Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré la Revista Española para que leáis mis artículos de costumbres, y riáis a placer cuando no os toquen a vosotras; y, en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforcéis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1883)

Los paletos en Madrid

El aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera. Esta fría atención, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoísmo que llamamos buen tono y bien parecer, desconciertan sobremanera a los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros a aquellos mismos que, si nos vieron fuera de Madrid, quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos a estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de D. Teodoro Sobrepuja. Este caballero, a quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habían ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo a un estado lastimoso, viéndose precisado a buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó a la villa de Olmedo, llevando consigo a sus dos hijos Carlos y Luisa, joven aquél de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de D. Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos, que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero más particularmente de parte de la familia de Patricio Mirabajo, el más rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de D. Teodoro, y cuya amistad llegó al extremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele a vivir a su casa propia, a fin de atender con más cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, Aldonza Cantueso, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciano, contribuyeron por su parte a hacer grata a los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose ésta más de año y medio, recobró D. Teodoro, no tan sólo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades y sólo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte cuya tierna edad era la más a propósito para recibir las primeras impresiones del amor no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien, dejaron crecer a la vista de sus mismos padres una pasión inocente que éstos se complacieron en fortificar, disponiendo, en consecuencia, los matrimonios de Carlos con Feliciano y de Luisita con Braulio, pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí a tres años, que deberían reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron D. Teodoro y sus hijos a la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolución semejante podría mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no había hecho más que adormecer las ideas de orgullo y de elevación, como también los vaivenes que durante tres años sufrirían los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesananas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de día en día; pesábales ya el momento de escribir a sus amantes, y en el interior de sus corazones temían ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro, por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino a sacar a todos de su distracción, y vieron con asombro a aquella y sus dos hijos que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasión no pudo menos de sorprender a D. Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de extrañeza, recordó aquél los inmensos favores que debía a sus huéspedes, y haciendo una violencia a su fisonomía y a su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aún largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido a la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces a hacer abstracción de trajes y modales, y sólo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse a las demostraciones de su contento, demostraciones que se prolongaron todo aquel día.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron éstos muy de mañana a destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trajes de día del Corpus para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, a quien toda la noche había traído desvelado la consideración de lo mucho que iba a padecer su vanidad, no perdía de vista aquella operación: asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla: -¡Ay, Luisita mía -exclamaba-, tristes de nosotros, acompañando a los lugareños! ¡Si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! Sin duda que vamos a ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de Yerbavana, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor a una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida a la garganta, bucles cortitos y peineta de a tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú, por tu parte, ¿cómo, has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalón de punto ajustado y botas de campana a la tombé?

-Sin duda, Carlitos (exclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita de fantasía, y yo con mi cachemir ternó.

-Y papá, ¿qué papel va a hacer con sus dos veneras, acompañando a la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza?

-¡Oh! eso es insufrible, y yo voy a fingirme mala.

-Y yo también -decía Carlitos-, pero al llegar aquí, abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo más disonante en aquel primoroso tocador Psiché.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza, pero no así los paletos, los cuales rieron a carcajadas al mirar el ajustado talle de Carlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando a éstos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó después; pero no hubo más remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarlos a paseo.

Pongo en consideración de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerían las tres parejas, así como también dejo considerar el efecto que en los recién venidos produciría la vista de tantos objetos extraños. Éste, a la verdad, era singular e incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiración la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el Salón del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que más les admiraba era la anchura del pilón. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mujeres, madre e hija, agarraban a sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen a treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortésmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas reales. A cada lugareño que pasaba iban a hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producía risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusión del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente a las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y a cada objeto que les chocaba llamaban la atención de los demás señalándole con el dedo. Mas, en fin, cansados a la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y D. Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limón y leche y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos a Feliciano con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partírla.

Pasaron después al teatro a ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un antejo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atención de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondían lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen a hacer la ópera de L'último giorno di Pompei, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar a bostezar, y al caer el telón al final del primer acto, cayeron también sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupción del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándose la verdadera, corrieron a la puerta temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecía la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta a la afectación de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado en calidad de amigo de la casa, a ver las curiosidades de Madrid; y preguntándoles después qué era lo que más les había gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo, el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia Natural en el Retiro, el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería, el espejo para curar la ictericia. En punto a paseos, dieron la preferencia a la Ronda, y de funciones teatrales, ninguna les agradó como la Pata de Cabra; lo demás todo lo hallaron mediano, y de ningún modo preferible a las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusión de nuestros jóvenes madrileños había ido desapareciendo a medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aún confiados en que la permanencia en la corte obligaría a los otros a mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas: inútil intento; la sencillez de los naturales venía a descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron a sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida y los brazos caídos dábanles el aspecto de un maniquí sin animación: en vano les enseñaban a pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta les hacía traición a cada momento.

Por último, un día en que todos manifestaban su mutuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta a su mal reprimido disgusto: -No os canséis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demás son sotilezas, con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí te la puse, que lo mejor sólo Dios lo sabe; y como esas cosas podría yo contarles a los de Madril cacaso no entienden... ¡No sino úrguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel! Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con los filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantañó bajaron a mi pueblo. ¿Sus parece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa menos queso, porque ellos mientras Dios dé vida y salú a Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criaio a nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque llegemos a viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habían de llevar un chavo, casi es nuestra última y pestrimera veluntá. Y esto mismo cuento de icirle a vuestro padre, y que o herrar o quitar el banco; y vosotros ya sabéis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta».

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada proclama, y luego que quedaron solos, empezaron a reflexionar sobre su suerte, vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar a sus amantes el aire de corte, cuando ellos mismos se verían precisados a olvidarle, si habían de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraído; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron a entrar en aquel momento. Don Teodoro, por su parte, acalorado

por las reconvenções de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto a una renta de diez mil ducados, por no verse precisados a salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponía en peligro de tener que aislarse de Olmedo.

(Marzo de 1832)

La procesión del Corpus

- I -

1623

Era el día 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad había sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, a consecuencia de la revelación de unas virtuosas mujeres que la confesaron a Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleón, después Urbano IV, que expidió bula en 1272 para su celebración. Desde entonces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíanse siempre en ella por su ostentación la corte de los Reyes Católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar a nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginación a aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre éste y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atención en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne función del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (después Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado a Madrid el 7 de marzo de aquel año para enlazarse con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban a porfía en obsequiar y halagar a tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa, que dispone el modo y forma de arreglarse la procesión en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste a la procesión, o el presidente del Consejo en caso contrario, se reúnan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelas. Así hacia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada; a los pies de la iglesia, Madrid; en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el

de Indias; en la capilla antigua, frente a la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla; en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisición; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia, a mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y a la izquierda, los grandes. El sitial del Rey y Príncipe, junto a la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se les sirven al Rey y al Príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes e iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media, y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellán de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey, y después al Príncipe. Después que se empieza la misa se la principio a ordenar la procesión por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose los regidores las cuatro velas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el Príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fue en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vio pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el Marqués de Bouckingham y demás caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesión era el siguiente: Abrían la marcha los atabales y clarines -seguían los niños Desamparados y los de la Doctrina -luego los pendones y las cruces de las parroquias -los hermanos del Hospital General -los de Antón Martín y las comunidades religiosas por este orden -mercenarios descalzos -capuchinos -trinitarios descalzos -agustinos descalzos -carmelitas descalzos -clérigos menores -padres de la Compañía de Jesús -mínimos de la Vitoria -jerónimos -mercenarios calzados -trinitarios -carmelitas agustinos -franciscos -dominicos -basilios -premostratenses -bernardos -y benitos. -La cruz de Santa María de la Almudena -la del Hospital General de corte -la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. -Al lado derecho el Consejo de Indias -el de Aragón -el de Portugal -el Supremo de Castilla. -Al izquierdo, el de Hacienda -el de las órdenes -el de la Inquisición -el de Italia -el cabildo de la clerecía -veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios -la capilla Real con su guión -tres caperos, el de en medio llevaba el báculo. -el Arzobispo de Santiago de pontifical -los pajes del Rey con hachas -las andas del Santísimo -la Villa con el palio -EL REY. -El Príncipe al lado izquierdo -un poco detrás el cardenal Zapata al derecho -el cardenal Espínola al otro lado -el Nuncio en medio de los dos -el Obispo de Pamplona detrás -El inquisidor general -el Embajador de Polonia -el Patriarca de las Indias -el Embajador de Francia -el de Venecia -el de Inglaterra -el de Alemania -el Conde-duque de Olivares -los Grandes cerca de la persona del Rey -los títulos y señores o tropas en medio de la procesión -las dos guardias españolas y tudesca a los lados de la procesión -y detrás toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este día empezase la representación pública de los autos sacramentales, que seguía durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la

plaza de Palacio delante del Rey, el mismo día del Corpus a las cuatro de la tarde, y acabado aquél empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero a la plaza de la Villa a representarlo al Consejo de Castilla, y después la misma noche al de Aragón: seguía el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisición, y por la tarde a Madrid, desde donde, por el orden que queda expresado del día antecedente, se seguían representando a los Consejos de Italia, Flandes, Órdenes; y el sábado a los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente a ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por excusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas e inconvenientes, y habiéndose consultado a S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Después, por lo molesto que era para los reyes la representación de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y el otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al Consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al Consejo de Aragón, y que si el Consejo de Inquisición quisiese autos se le representasen por la mañana, y por la tarde a la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por excusar gastos se hacían estos festejos a SS. MM., al Consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar a las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron a verificarse más que en los corrales.

Es bien sabido que en la composición de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderón de la Barca sólo escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento a la villa de Madrid, que se los había pagado, a fin de se conservasen en su archivo; pero fueron extraídos y sustituidos por copias, y en 1746 se imprimieron por D. Pedro Prado y Mier, pagando a la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

- II -
1835

Después del trascurso de los tiempos, se conserva en el día como la más solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesión con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo orden de majestad y decoro que en el siglo XVIII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado también de los ridículos emblemas que bajo los nombres de la tarasca, los gigantones y otros, se conservan aún en algunos pueblos de España; y hasta antes de la guerra de los franceses se usaba en Madrid.

Queda ya dicho que el orden de la procesión es en el día el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la más elevada, empezando por el mismo Monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe exceder el Madrid actual al antiguo, en semejante día, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesión; el bullicio y animación del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, e interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, expresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas a cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas exquisita o caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento a los edificios, tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana, presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aún más interesantes. No bien apunta la aurora, que es bien pronto en un hermoso día de junio, empiezan a circular las bombas que riegan la carrera; apoderándose en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquel día, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden a la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresión ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos. -Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de la calle Mayor, y guantes amarillos. -El mancebo de comercio, con su corbata de a cuarta, sus cadenas de similar y su camisa plegada; -la alegre modista, con una expresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino; -el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casa con Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja; -el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo a la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenino de quince a diez y seis (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes. -Más allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito a los ojos, perilla romántica; -ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las más hábiles manos de la calle de la Montera, o muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas a tiempo el traje punzó o el sombrerito hortensia.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fe de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel día relucientes charreteras; uno de ellos se apresura a darla el brazo; otro a ponerla la sobriilla; cuál a hacerla observar lo más notable de la carrera; cuál, en fin, a apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa de tanto afán a aquellos mártires, hasta que llegando al balcón deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atención al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atención y de mando; la procesión se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusión y de agradable desorden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! La joven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran a hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de menos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse a ella, pero en vano; los batidores de la procesión se interponen e impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer a la niña gestos expresivos, y jurar no volver a sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla por que la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea a una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formación; ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños expósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan a este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas o hinca la rodilla en tierra a presencia del Omnipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusión han desaparecido y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde a la Divinidad el homenaje de su adoración.

No bien ha pasado la guardia de la procesión, los balcones quedan despoblados, la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse a sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aún el paseo durante una hora, en que con más desahogo puede lucir las gracias de su persona o la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron a la procesión en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas, y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora después los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando más tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas

calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la más mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1835)

El patio de correos

Madrid es la patria común, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afán de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados según las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde o temprano a la capital del reino, y se tendría por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase a visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Es lo indudablemente, no tanto por su situación topográfica como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse a Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes o en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol». Pero aún hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razón, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es el patio de Correos, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes o pequeñas, sublimes o ridículas, según el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino a los ojos de un ser indiferente o desdeñoso, al paso que logre excitar la meditación del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. -¡El patio de Correos! ¿y qué hay en el patio de Correos? Un cuerpo de guardia, una prisión nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma; tres o cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha o Jordán, hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco o nada se puede decir, y por muy parlante que sea el señor Curioso que hoy nos enseña su linterna, hartos será que no consiga excitar los bostezos del auditorio.

Poco a poco, señor indiferente; poco a poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no; dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio o yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media,

entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza. Víctor Hugo es quien lo dice, que «¡los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos!» Vea V. si no los nuestros en literatura: «Dirección de cartas». No haga usted caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas dirección segura; deje usted, que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. -No se acerque V. a leer ese cartelito «Curación de la vista», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso; deje a un lado el Manual de Madrid, que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del Segur, porque, según van menudeando tomos a 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga a ser una verdadera segur para nuestros bolsillos; y en cuanto a aquella otra publicación Mariana y Sabau, por Dios no vaya a tomarla por una novela o drama romántico, o bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florián, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: «¿En qué había de concluir? en que Numa se casó con Pompilio, y todo quedó arreglado».

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

«El sugeto. que. forma. la presente. tiene. buena. conduta. y hortografía. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. de la lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren».

«Un sugeto de buena forma de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, o Abogado o Curial, para tenedor de libros o administrador. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no lo engañen».

«Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutención».

«Con permiso del casero se le traspasa a quien le convenga, una tienda sita en las cuatro calles esquina a una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos».

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas! -La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias: vascuence y catalán, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, la buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de capricho! ¡qué ir y venir de la lista a la ventana y de la ventana a la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho; pero encuentra que se ha equivocado en una centena: otro

ha pedido ligeramente una al sobre N. Marqués, sin reparar que él no es Marqués sino Márquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete, y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole tiempo para saber el contenido, abre la carta a la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisano, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en una columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos dejarán tiempo para observar los demás; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para ir a recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

-Dígole a V. que yo no he sido.

-Yo sostengo que ha sido V. ¡Infamia! sacarle a uno las cartas del correo.

-Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

-Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo V. lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos?

-Usted me insulta.

-Yo no digo más que la verdad.

-Si no mirara...

-¿Qué?... (Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vio el nombre de su contrario en la lista: antojósele saber lo que le decían y la sacó también (¡malicia humana!); llegó el segundo y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza a maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio a su antagonista, y ¡aquí fue Troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido había visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército a mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envían los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres, los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!... Lo demás de la escena pasaría en familia: no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oléis!) repararon que el sobre no tenía sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en

Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que había puesto el sobre a su mujer por precaución, etc. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman a sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Si no tiene carta, para qué cansarse? -¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para leer su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta a ofrecer sus servicios, no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja a la del ausente, cuanto va de la palabra a la escritura, de la falta de memoria a la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural a una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio a la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío, el que...

Pero ¿adónde vamos a parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atención?... Mas... las dos han dado, y empieza a quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835)

El sombrero y la mantilla

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España a las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable a su vista, acostumbrada a mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto, preciso será darles la razón, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto,

porque el más preocupado con esta idea no dejaría de sorprenderse al ver la notable revolución que de pocos años a esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido a modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya más vuelo, más movimiento a la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos más graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podría oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razón por la que, convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es, a saber, el capricho.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados a la fantasía: cada cual pudo crearlos a su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligación social; en el día es más bien una idea animada, una expresión del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabia aplicación de los colores a las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinación de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresión del alma, aquella parte animada que podremos llamar la poesía del traje? Y siendo éste libre, como lo es en el día, ¿Por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé a conocer?

Semejante observación no podía tener en lo antiguo exactitud pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados a su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle a la obesidad: el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo: y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decían a la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente a la persona que le llevaba? ¿Qué quería decir una joven fría y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnición de su vestido? Nada, absolutamente nada, sólo que era moda: que la modista y el sastre lo querían, el traje no era más que la expresión: el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la elección; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducir las a precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demás; la seda sobre el hilo; el bordado

sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense después reglas fijas e invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido a la inveterada capa masculina, a la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad o españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitución del sombrerillo extranjero en vez de la mantilla, que en todos tiempos ha dado celebridad a nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorne, puramente de corte: como los uniformes y las grandes cruces, imprimía carácter: no hace muchos meses que una señora de gorro era equivalente a una señora de coche, y si tal vez se atrevía a pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Únicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante o la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso, para lucirlo en las eras de Carabanchel o en los baños de Sacedón. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan a las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica, unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas, por el terciopelo; aquéllas, por el raso.

¡Terrible extenuativa; profunda y difícilísima cuestión!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habían agolpado a mi imaginación a consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explármelo, limitáreme a indicar lo más sustancial de él.

Días pasados tuve que ir a visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir a la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y a una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y a quien por legítimo derecho vienen a parar los 4000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta a sus lindas facciones nueva perfección y rosicler.

La ocasión era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar en familia. Un cierto joven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tío, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos después que dejó el colegio de Blois y la Escuela Politécnica de París. Este primo, pues, regresaba a su patria a los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos: era elegante e instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podía ofrecerle cuando menos iguales cualidades.

Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerlo a Madrid y a su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el extranjerísimo viajero había llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se había retirado a descansar, y las damas madre o hija se hallaban regañando a la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía a prueba: apenas hicieron alto en mí; de manera que mientras duraba aquella polémica tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesión; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendían deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demás diálogos y escenas que mediaron con éste luego que nos sentamos a la mesa, ni sobre su cortesía y atención con las damas, atención que, respecto a Serafina (que así se llama la criatura), tenía todo el carácter de la más fina galantería.

-¡Es encantadora! -me decía por lo bajo-; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses: la misma expresión, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡y temía yo tanto no encontrar una española que me gustase!

-Sin embargo -le contestaba yo-, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas a salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habían tenido razón para reñir a la modista: el mayor gusto y elegancia habían dirigido su hábil tijera: rasos, lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se había economizado en aquel momento, pero sobre todo me llamó la atención el gracioso sombrerillo de la niña, que oponía la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras también; yo igualmente: con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos a dirigir al Prado, cuando acertaron a llamar a la puerta. Ábrese ésta, y aparece Paquita, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venía a saludar al recién venido (también su pariente), y a convidarle a la función de toros de aquella tarde... ¡Ah!,... se me había olvidado que era lunes y que había función de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura: un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnición en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete a diez y ocho, unas facciones

picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distracción que se leían en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecisión y aturdimiento: la satisfacción de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversación toda la tarde a la mamá, sospeché desde luego que tendría que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué ni durante el camino, ni mientras la función, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso, ser un poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó a la mañanita siguiente a explorar la disposición de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algún tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposición de acompañar a las damas a su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé a la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar a más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros; un gracioso nudo a la garganta, y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacían parecer tal a mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaría en compararla a la virgen de los primeros amores.

Mas... ¡oh fuerza del sino, o más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creía más adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve a aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrían usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas: un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie: una mantilla de rico tafetán, cuya elegante guarnición servía de dosel a la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió a aturdirse; las damas a anublarse, yo a cuidar de la amable Serafina, y cuando a la vuelta del paseo pude tener mi explicación con el galán, llegué a conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda e irresistible impresión era a favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocía, que hubiera podido resistir a los encantos naturales de su rival, pero que le era imposible, absolutamente imposible triunfar de su mantilla.

(Setiembre de 1835)

El día de toros

- I -

Casa de vecindad

En una parte más intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de siguiendo por la calle de la Fe, como quien se dirige a la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo después por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, de cuyo nombre no quiero acordarme, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejón, de cuyo nombre no me acordaría aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejón, y formando escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caserón de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas, como en el de su distribución y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve a la calle principal, no ofrece, ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demás edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien, sujeta en un todo a las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida Vestal (inocente disfraz harto común en las casas de Madrid), deformidades y faltas de más de un género. -Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores; la combinación casual de ventanas y agujeros; el alero prolongado; el estrecho portal, y más que todo, la extravagante adición de un corredor descubierto y económicamente repartido, en sendas habitaciones o celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto romántico, que revela su fecha y el gusto de la época de su construcción.

El interior de esta mansión no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocación de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado a ver en las demás casas de Madrid, y costarale trabajo persuadirse de que en ésta puedan encontrar habitación independiente sesenta y dos familias, que, puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos, como son discordantes entre sí los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo, punto, si, guiado por la natural curiosidad, acierta a traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa de la parte que constituye su tripulación popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes un nuevo estrecho o pasillo, que lo conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mención. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen los lienzos causarale por el pronto alguna confusión; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquéllas. Por último, si, limitado al objeto de mero descubridor, buscara, la salida de aquel archipiélago, y su comunicación con la calle, no será para él objeto menor de admiración el encontrarla directamente a aquella altura (el piso

segundo) por la parte del callejón excusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite a varias de sus casas tan estrambótica construcción.

- II -

Antes de la corrida

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animación y movimiento uno de los pasados lunes, en que según la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era día de toros, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la población madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba a la orden del día, y por emblema de él ostentábase a la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan joven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche había hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

-Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces a ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

-Toma si lo conozco: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

-¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene a visitar en coche a sus enquilinos!

-Yo lo diré a V. señá Blasa, me explicaré, lo que es por la presente no viene a por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

-¿Trampilla tenemos? ¡Ay cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender! Apostaré a que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

-Pues... ya ma entiende V. ¡Ay, Jesús, y qué encapotado está el tiempo!

-No temas, muchacha, que pronto cambiará.

-¿Diga V., madre Blasa; V. que endiña desde ahí la muestra, ¿a cuántos apunta el reloj?

-Dos en punto, si no veo mal.

-Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvajes en portillo.

-¡Qué lengua, qué lengua, señá Paca!

-Calle, tío Mondongo, ¿V. está ahí? ¿y quién lo mete a V. en la conversación de las personas? Más lo valiera cuidar de su tía Mondonga y de su hija, que no entrarse en donde no le llaman.

-Me llaman y me importa, señá Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques.

-¡Ay Jesús! Llamar al obogado de probes para que se lo cuento a su señoría.

-Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y ¡digo! ay que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero D. Simón Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

-El mostrenco será él y V. que le abona; vaya V. a decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

-Dice bien el tío Mondongo, Pacorra: ¿qué tienes tú que meterte en cuidiaos ajenos, y si D. Simón visita a la señá Catalina y si viene por ella para llevarla a los toros, y si la viste y la calza y la da de comer y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin cada uno se gobierna como puede, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

-Que se la bendiga en buen hora, marío, y a ti te dé magín para echar sermones, y a mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

-Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro a las banderillas.

-No digo eso, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme a los toros.

-Ése no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

-Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos a esperar a la vuelta a la taberna de la Alfonsa.

-Bien sabe Dios que sólo la necesiáa...

-Tiene cara de hereje, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

-¡Eeh! hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablos vas a pasar?

-Adonde quiero y puedo; y háganse toos a un lao de la calle, y dejen a mi carroza la puerta franca.

-Pues nosotros hemos llegado antes.

-Pues yo llego siempre a tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras.

-Huii... sóo... ráa... iak... eh..., atrás...

-Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz; y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del Chato, que era el que en tal momento se apeaba de la carroza de dos ruedas.

- III -

Mientras la corrida

Ya nos han dejado solos, tío Mondongo, a mí con los puntos de mi calceta, y a V. con su banquillo y su piedra; a mí echando al aire mis arrugas, y a V. asomando los cuernos al sol.

-¿Qué, quiere V., señá Blasa! la juventú es juventú, y nosotros...

-V. será el viejo, que yo a Dios gracias todavía tengo mi alma en mi armario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir a la plaza a echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo a lo del día, ¿Sabe V. que se me hacían los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

-Ello dirá, tía Blasa, ello dirá; y tras del día viene la noche, y al fin se canta la gloria.

-Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero a propósito, ¿sabe V. que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Ciertamente el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

-Chito, tía Blasa, que las paredes oyen.

-¡Qué! Tío Mondongo, si aquí no nos oyen más que las golondrinas.

-Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho para dormir y el día para descansar); sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y éste con la hija del alguacil, y después que nos quedamos solos yo y mi chica, (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir a los toros por más que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechugino de los bigotillos y la pera, y miró al balcón del principal; se acercó callandito a la rejilla de la escalera, dio dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el percurador, ¿sabe usted que es lance?

-¡Ah, ah, ah!

-Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

-Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

-Qué quiere V. que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato de la guardilla del rincón.

-¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre...

-Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

Yo no quería decirlo a V., pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero, que encaminándose a la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados, pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

-Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe usted que el Cacasenillo del aguacil del número 13 ha dado en requebrar a la Paca, y en querérsela disputar a su marido y al banderillero y lo que aún es más, al matachín del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro a los dominguillos?

-¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reír con la comparación, y a fe que es menester haber vivido años para entenderla.

-El año 89 si mal no me recuerdo.

-Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodríguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero a propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechugino que daba en el principal con la criada?

-Pues; para, mientras venga el ama con don Simón.

-¿Y está V. seguro de ello?

-Toma si lo estoy.

-¿Seguro?

-Seguro.

-¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrero ladeado, bastoncillo y espolines?

-Ese mismo, ese mismo es.

-Pues es el caso, que, si no veo mal, pareceme que lo miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle, con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

-¡Que! No, no lo crea V., tía Blasa, si no ha quedado en casa más moza de esas señas que mi hija.

-Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de V.

-¿Mi hija? Sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy a ver.

-No se moleste V., tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

- IV -

Después de la corrida

Perdone V. señor alcalde, que no fue así como lo ha contado mi marío, porque él se quedó en cá e la Alfonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

-Pues diga V. como fue.

-Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espicarme de corrido; pero el señor es mi marío, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algún modo ha de comer una, y tener cuatro trapos.

-Vamos al caso.

-Pues al caso voy; ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba, cuanto ni más al toro; pues como iba diciendo, éste tal me tenía dicho:

«Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces lo voy a cortar las pocas narices que le quedan».

-¡Qué sí! decía yo, y como ya ve su señoría o su merced; el gusto es gusto, y en dengún catecismo he visto el pecado no mirarás; yo, ya se ve, no lo hacía caso, y...

-Adelante, fue V. con el otro a los toros.

-Pues allí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

-Al grano, al grano.

-El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponla las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

-Pero al cabo...

-Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿a quien dirán Vds. que encontré? pues fue náa menos que el banderillero, que diciéndome «-¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es éste el modo de obedecer mis preceos?»

-Yo le dije... pero no, entonces no lo dije nada, como que estaba encogida; pero sólo le hice un gesto, y aún no sé si algo más. Él no me respondió más que dos o tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando a la Curra que venía, conmigo, la subió por fuerza a la calesa; enseguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo: «Paca, si no subes mato al Chato». Y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien, y no quiero la muerte de naide.

-¿Con que, en fin, qué hizo V.?

-¿Qué había de hacer? subí.

-¿Y después?

-Después fue la jarana, porque la Curra que para servir a su señoría, es, según dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó a gruñir, y yo también, y él nos quiso tranquilizar y nos dio dos o tres bofetones a cada una; pero nosotras empezamos a menudearle y menudearnos; y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero, en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya había echado a correr, y luego la Curra, y no he vuelto a saber más de ellos.

-¿Con que nada más tiene V. que alegar?

-Nada más.

-¿Y se ratifica V. en ello?

-Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que a veces no puede una... pero ahora voy a quejarme yo a su señoría, que también tengo mi porqué.

-Veamos.

-En primer lugar, me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenía en casa y dejado por puertas.

-¿Y cómo puede V. probar?...

-Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar, me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar, me quejo de la Curra por catorce arañoses y diez pellizcos, amén de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; además me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme a la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Antón, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

-Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir más, o por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se le caiga tan pronto.

-Veamos otro. ¿V., buen hombre, que quejas tiene V. que proponer a la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

-Yo, señor, me llamo Cenón Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

-Adelante sin más ribetes, señor Mondongo, que si volviera a echar otro alias, por este bastón que empuño que no le bajo la multa de cuarenta ducados.

-Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino a los toros, y...

-Aquí entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que después de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó a los toros, y sabe Dios...

-Señor alcalde, palabra.

-Señor don Simón y muy señor mío, ¡qué gentecita tiene V. en casa!

-Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta joven, a quien su tío, oidor de Filipinas me dejó recomendada al morir.

-Sí, sí, ya lo sé todo, y sé también que la convida V. a los toros y...

-Pues ahí voy: después de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

-¿Qué?

-¡Ahí es nada! Que al volver con ella a su casa, me he hallado en la escalera a un galancete joven, que cuando le he descubierta, me insulta, me desafía, y...

-Pues no es eso lo mejor, señor don Simón, sino que su esposa de V., según me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa a quejarse de su infidelidad, y a ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

-¿De divorcio?

-Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

-Señor alcalde, señor alcalde.

-¿Alguacil?

-Que vienen a avisar que a la puerta de la taberna de la tía Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas y han quedado los dos muy mal heridos.

-¡Ay, Dios mío! ¡Ellos son!

-¡El Chato!

-¡Malgesto!

-¡Ay, ay, ay!

-Orden (dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aquí algún hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia, a ver, lea V.

«En la villa de Madrid a tantos de tal mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandábamos, que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: que a la llamada Paca la Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo mismo a la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo a un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar a su hija, y a ésta a las Arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que a la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, D. Simón Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados más; sin que esta

nuestra sentencia pueda perjudicar en lo más mínimo a la buena opinión y fama de los causantes, y hágase saber a las partes para su ejecución y debido cumplimiento. -El Sr. D. Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascripto escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año del Señor de 1836. -Gestas de Uñate.»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era lego y no la podía dar a pesar de que la dio: pero luego fueron ante otros jueces profesos, y la cosa en sustancia vino a ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se sustanciaba el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel día de toros; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados a su fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religión el olvido de los sentimientos más nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasión de felicitarse y salir gananciosas, a saber: la tabernera Alfonsa y el escribano D. Gestas. ¡Feliz compensación!

(Mayo de 1836)

El Romanticismo y los románticos

Si fuera posible reducir a un solo eco las voces todas de la actual generación europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra romanticismo parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos a las personas como a las cosas, a las verdades de la ciencia como a las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente esta cuestión! y en ellos ¡qué contradicción de opiniones! ¡qué extravagancia singular de sistemas!... -«¿Qué cosa es romanticismo?...» -(les ha preguntado el público); y los sabios le han contestado cada cual a su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal

y romanesco; otros por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creído ver en él a la naturaleza en toda su verdad; cuáles a la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que sólo era propio a describir la Edad Media; otros lo han hallado aplicable también a la moderna; aquéllos lo han querido hermanar con la religión y con la moral; éstos lo han echado a reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talismán, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar a él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten más libertad a la fantasía, ha adelantado su aplicación a los preceptos de la moral, a las verdades de la historia, a la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa a la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye a corromperla más con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar a la naturaleza aún más hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razón o debilidades de la humana especie, el siglo actual, más adelantado y perspicuo, las ha calificado de romanticismo puro.

«La necesidad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necesidad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega también. Y no sólo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que a medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, ésta, por el contrario, adquiere en la inoculación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa después a ser ridículo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene a ser un ramo de locura.

Y he aquí por qué un muchacho que por los años de 1811 vivía en nuestra corte y su calle de la Reina y era hijo del general francés Hugo, y se llamaba Víctor, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es, en el seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderón; y luego regresó a París, extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó a la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía a redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (imitadores servum pecus, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración y los poetas transmitieron el nuevo humor a los novelistas; éstos a los historiadores; éstos a los políticos; éstos a todos los demás hombres; éstos a todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin a España, y llegó a Madrid (de donde había salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino a dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel

sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado a mis lectores; y tal llegó a sus manos que ni el mismo Víctor Hugo lo conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decía él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó a revolver cuadros y libros viejos, y a estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba a encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, o rasguñado al margen por infantil e inexperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase a formular en su persona aquel trasunto de la Edad Media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego a ser considerado como la estampa más romántica de todo Madrid, y a servir de modelo a todos los jóvenes aspirantes a esta nueva, no sé si diga ciencia o arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio sólo por el lado económico, poco o nada podía pesarme de ello: porque mi sobrino, procediendo a simplificar su traje, llegó a alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría más que hacer a los Utrillas y Rougets. Por de pronto eliminó el frac, por considerarlo del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como más análoga a la sensibilidad de la expresión. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes; los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; después los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona a un estrecho pantalón que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y fatídica. Tal era la vera efigies de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no sé qué de siniestro e inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo a dudar si era él mismo o sólo su traje colgado de una percha; y aconteciome más de una ocasión el ir a hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, o darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vio romantizada su persona, toda su atención se convirtió a romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolución contraria a seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazón algo volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática o con las fórmulas del foro; y después de largas disertaciones vine a sacar en consecuencia que la carrera que le parecía más análoga a sus circunstancias era la carrera de poeta, que según él es la que guía derecha al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relación con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los búhos y de las lechuzas; encaramose a las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó a las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos), examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, e hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Meléndez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba a la melancolía, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, o las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudición, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en ¡maldición!; y unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hombres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almenas altísimas, y de profundos fosos, y de buitres carnívoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de velos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de fúnebre cruz. Generalmente todas estas composiciones fugitivas solían llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: verbi gracia. ¡¡¡Qué será!!! -¡¡¡No!!!... -¡Más allá!... -Puede ser.- ¿Cuándo? -¡Acaso!... -¡Oremus!

Esto en cuanto a la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos no sé qué decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecía al oírle cantar el suicidio o discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras tenía por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, o haciendo tiernos apóstrofes a la Madre de Dios. Yo no sé a punto fijo qué pensaba él sobre esto, pero creo que lo más seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendía lo que quería decir.

Sin embargo, el muchacho con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudían en aquellos rasgos más extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las

aprendían de memoria, y luego esforzábanse a imitarlas, y sólo acertaban a imitar los defectos y de ningún modo las bellezas originales que podían recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hacia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid), es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó a concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló a su calenturienta musa, colocándose con ella en la región aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia a una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamose al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡Con qué placer haría a mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles in integrum esta composición sublime, práctica explicación del sistema romántico, en que según la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta a fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginación el título y personajes del drama. Helos aquí.

¡¡ELLA!!!... Y ¡¡ÉL!!!...

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico,

ORIGINAL,

EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS

EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por...

(Aquí había una nota que decía: Cuando el público pida el nombre del autor); y seguía más abajo.

Siglos IV y V. -La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES

La mujer (todas las mujeres, toda la mujer).
El marido (todos los maridos).
Un hombre salvaje (el amante).
El Dux de Venecia.
El tirano de Siracusa.
El doncel.
La Archiduquesa de Austria.
Un espía.
Un favorito.
Un verdugo.
Un boticario.
La cuádruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas carmelitas.
Coro de padres agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.
Otro ídem que agarra.
Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un judío.
Cuatro enterradores.
Músicos y danzantes.
Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo a manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1ª Un crimen. -2ª El veneno. -3ª Ya es tarde. -4ª El panteón. -5ª ¡Ella! -6ª ¡Él! y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, a saber: Salón de baile; Bosque; La Capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordara una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; conque así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar a que llegue día en que la fama nos la transmita en toda su integridad, día que él retardaba, aguardando a que las masas (las masas somos nosotros) se hallen (o nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba un poco fuerte.

De esta manera mi sobrino caminaba a la inmortalidad por la senda de la muerte, quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba su misión sobre la tierra. Empero la continuación de las vigiliias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíanle reducido a una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido a impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los más labrados hierros de su balcón a cierta Melisendra de diez y ocho abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados a la Veneciana, y sus mangas a lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a lo Estraniera, y su cinturón a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a lo huérfana de Underlach.

Hallábase a la sazón meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto..., libro que según el forro amarillo, su tamaño y demás proporciones, no podía ser otro a mi entender, que el Han de Islandia o el Bug-Jargal.

No fue menester más para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcón de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo a inflamar súbitamente su corazón. Miráronse, pues, creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse a aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... romanticismo puro.

Pero al cabo el sujeto en cuestión era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mío, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase a la muchacha (siempre llevando por delante la más sana intención), y con el deseo también de distraerle de sus melancólicas tareas, no sólo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinación.

Lisonjeábanse, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado más descompuesto y atroz corrió a encerrarse en su cuarto gritando desaforadamente: -¡Asesino!... ¡Asesino!...¡Fatalidad!...¡Maldición!...

-¿Qué demonios es esto? -Corro al cuarto del muchacho; pero había cerrado por dentro y no me responde; vuelo a casa del vecino por si alcanzo a averiguar la causa del desorden, y me encuentro en otro no menos terrible a toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

-¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?

-¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V... Lea V., lea V. qué proyectos

son los suyos, qué ideas de amor y de religión... Y me entregó unos papeles que por lo visto había sorprendido a los amantes.

Recorri los rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado a escuchar al muchacho. En todas ellas venía a decir a su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iría a derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría también, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponía que para huir de la tiranía del hombre («este hombre soy yo», decía el pobre procurador) se escurriese con él a los bosques o a los mares, y que se irían a una caverna a vivir con las fieras, o se harían piratas o bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

-Y a todo esto (añadía el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla...; vea V., vea V.; por ahí ha de estar...; oiga V. cómo se explica en este punto..., ahí en esas coplas, seguidillas, o lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
sólo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote... no, si no échelos usted en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor, continuaba el buen hombre, sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y a lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo o Ingolfo el exterminador; y nos llama tiranos a su madre y a mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella o para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre y los libros malditos me consumen todo el caudal.

-Sosiéguese V., señor don Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una explicación del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí que podía casar a su hija con un tigre, por lo menos le determiné a casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé a mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante; pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, había salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba a todo el lleno de su desesperación. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda ésta de darle a conocer por algún suspiro

que un ser humano respiraba a su lado. (Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bella quería que cuartos y más cuartos que peseta columnaria y que hacía ya días que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) La ocasión la pinta calva, y la gallega tenía buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

-Señuritu... señuritu... ¿qué diablus tiene?... Entre y dígalos; si quier una cataplasma para las muelas o un emplasto para el hígadu...

(Y cogió y le entró en su cuarto y sentole sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.)

Pero el preocupado galán no respondía, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba a vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices o le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estatua permanecía siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse a todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Bierzo), e hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que a los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

-Ave María purísima... (dijo la gallega santiguándose). Maldemoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrás cermeñu!... pues si quier lechu ¿tien más que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar a los muertos que se acuesten con los difuntos?

Pero el amartelado galán seguía sin escucharla su improvisación, y luego variando de estilo y aun de metro exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

-El malditu sea él y la bruja que lo parió...¡ingratu! después que todas las mañanas le entru el chucolate a la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu y a Benitu el escaroleru del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
ángel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataúd.

-Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; o V. está locu, o yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu u a su cuarto, antes que empiece a ladrar para que venga el amu y le ate.

Aquí me pareció conveniente poner un término a tan grotesca escena, entrando a recoger a mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida a mí, y copiada de la Galería fúnebre, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar a temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no había más que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte a sus lecturas, a sus amores, a sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera, activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, a la que él también mostraba alguna inclinación; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría a reunirse a sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos días no le había vuelto a ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaría al contemplarle robusto y alegre, la charretera a la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorricos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar y la Guía del oficial en campaña.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir a carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente a esta resolución, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquéllas y poniendo éstas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fue posible encontrarlo, por haberlo prestado mi sobrino a otro poeta novel, el cual lo comunicó a varios aprendices del oficio y éstos lo adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que a mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura en fin, de sus versos, trajo a la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntome por ella con interés, y aun llegué a sospechar que estaba persuadido de que se habría evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la

verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se había conformado con su suerte; ítem más, se había pasado al género clásico, entregando su mano, y no sé si su corazón, a un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitude notable de mujeres! Bien es la verdad que él por su parte no la había hecho, según me confesó, sino unas catorce o quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrían podido dar a los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo Romeo.

(Setiembre de 1837)

El coche simón

- I -

Hay en Madrid un simón
que se alquila... no sé dónde,
y tiene más aventuras
que Gil Blas o D. Quijote.

Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de C.,
ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajón
como distante de coche;

Y a no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
o babilónica torre.

Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarelo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
que vino de no sé dónde,

a pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.

Llegado que hubo a Madrid,
quiso ostentar sus doblones,
que, no hay para pretender
como pretender en coche.

Y a falta de los talleres
de Bruselas o de Londres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;

A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recién nacido coche.

Sacolo el marqués de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorros
trepantes a un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió a lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, a cuántas envidias,
a qué ingratos sinsabores
dio lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entonces!

¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marqués
estos cuatro tablajones?

Por ellos venció a las diosas,
por ellos mandó a los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron a enterrar,
y pasó al concurso el coche.

«En virtud de providencia
del señor D. Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;

»En los autos del concurso
el marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos

»El infrascrito escribano
que firma esta relación,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor

»Ha probado su derecho
y la hipotecaria acción
que tiene por mil ducados
al coche que aquél dejó,

»Se le endose y adjudique,
en íntegra posesión
la referida carroza
tasada en igual valor.

»Mandolo su señoría
en Madrid, y lo firmó
a veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos».

Ya tenemos a mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solterón

Que en las campañas de Venus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patrón.

Dedicaba por entonces
su sexagenario amor
a una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Albornoz,

Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacantón.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor

Como una máquina amiga
que a influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
a volumen tan atroz?

No sabré decir el cómo;

pero ello se celebró
cuádruple alianza entre aquéllas,
la señora y el señor.

Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encadenados
en íntima relación,

Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
o en su concha el caracol.

La muerte que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,
y... ¡cielos! ¡en qué ocasión!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
con emblemas de pasión;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

-¡Jesús! qué extraños emblemas;
llámenme pronto a un pintor
que borre esas herejías
y ponga el santo cordón,
el báculo y el capelo,
y la cruz del Redentor-,

Esto decía el obispo
que aquel coche remató,
e hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razón.

Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor,
subió con sus familiares
a tomar la posesión.

¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellán de las Huelgas
puede contarla mejor.

Una novena a San Gil,
y luego a tomar el sol
al paseo de la Ronda

o al camino de Alcorcón;

O un viajecito hasta Atocha
a visitar al prior,
y luego volverse a casa
al toque de la oración.

¡Qué vida! vuelvo a decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitación.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesión.

Nuevo impulso y movimiento
a sus ejes imprimió,
y que estaban entumecidos
por el reposo anterior.

De palacio al ministerio,
desde el Consejo al salón,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, qué agitado
por el mar de la ambición
caminas a todos vientos,
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un día te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?

¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambición,
sino llegar más aprisa
al término del favor?

Que mucho brillas, más dices,
que escuchas de tu patrón
altos secretos de Estado
reservados a los dos.

Que todos te reverencian
como a tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.

¡Ay cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?

Pues mírala cual creciendo
el firmamento ocupó

y roba al astro del día,
su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano
que a su cumbre se alcanzó,
cuál vacila, tiembla, y cae
de la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldón;

Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago a tus demasías
y ridícula ambición,

Riéndose a un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida exclamación:
aprended coches, de mí
lo que va de ayer a hoy.

- III -

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una sucia callejuela,

En letras greco-romanas
y ortografía caldea
dice, «Aquí se alquilan coches»
una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
sin guardas y a la inclemencia
cien carrozas, que otro tiempo
ornaron la corte regia.

Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.

Míranse en él confundidos,
sin jerarquía y sin regla,
cien románticas carrozas
cien clásicas diligencias.

Allí el almagrado coche

que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.

Allí el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.

Aquí un sucio faetón,
allí una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia;

Y agrupadas a un rincón
se miran cuatro calesas
que a queso y a vino puro
trascienden a media legua.

En tan sucia compañía,
y en situación tan adversa,
un coche también... ¡Dios mío!,
(casi no acierta la lengua)

Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo
del ministro y doña Tecla.

¡Ay! quién fuera Garcilaso
para exclamar, «Dulces Prendas,
aquí por mi mal halladas»,
con lo demás que se deja.

¿Y habrá después, ¡oh fortuna
quien fíe en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos a mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lean.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha trasformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron ha veinte años,
a todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timón,
sentado en su delantera,
un infanzón de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero desalado
metido hasta las orejas.

Cantando está a media voz,
mientras que las ocho suenan
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
pensando están en qué piensan,
y de este pienso mental
Se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena a la popa
y a los tirantes se cuelga.

Con que la tripulación
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta,

Tiran torcidas las mulas
a impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
a riesgo de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando a quien la mira pena;

Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega
a la puerta del letrado
que va a charlar a la Audiencia;

Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas

Luego que llega al Consejo,
mientras su derecho alega,

cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna,

Con que añaden a su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer más llevadero
el trabajo de la vuelta.

Después del pleito, a visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.

Vuelta después al corral;
ya don Timoteo espera
para ir a misa de dos
del Buen-Suceso... a la puerta.

La misa ya se ha acabado
más por cuanto la marquesa
al ver a don Timoteo
se siente un poco indispueta.

Él, a fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y a fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

En vano el pobre Simón
les grita que den la vuelta
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media;

Suéltanle a las cinco, en fin,
toma el paso a media rienda,
y en casa de la parida
a oír maldiciones llega;

Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva;

Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela
van corriendo tras el coche;
ya suben a la trasera;

Ya trepan a los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?»

Ya hacen gestos al Simón;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajón,

ya la gente a la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta
y cuando dan vuelta a casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro día... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relación,
y que en crónica se vuelva?

¿No ha de acabarse jamás?
¿ni cómo narrar pudiera
uno a uno los sucesos
que en sus páginas encierra?

Baste decir que en enero
hay un San Antón, y hay vueltas;
que hay máscaras en febrero,
y en marzo hay Pepes y Pepas.

Que abril encierra una Pascua;
mayo a San Isidro fiesta;
junio noche de San Juan
con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.

Viene setiembre después
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza a mostrar
sus fríos y calles puercas;
y noviembre sus difuntos,
diciembre su Noche-Buena.

Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas, y audiencias;

Y hay tontas, a quien se engaña
con una máquina de éstas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran,

Y hay indianos de San Lúcar
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,

y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
puede este coche dar cuenta
más por desgracia no sabe
porque carece de lengua.

Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme a formar
(puesto que no soy poeta)

En estos clásicos versos
esta clásica leyenda,
a riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(Octubre de 1837)

Una noche de vela

- I -

El enfermo

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salón, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos o los más de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversación con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminación, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven a juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazón de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginación, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatación de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmón; y que tan sólo ocupado en sostener una blanca mano para subir a un coche o en aguardar el turno para reclamar su capa en un frío callejón, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta a su casa, sienta unos amables escalofríos, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienas, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas lo permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que está malo, y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipación; que se mete en la cama, donde lo coge un involuntario y frío temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced a un vaso de limonada o un benéfico sudor, bien podrá estar a la noche en disposición de repetir la escena anterior. Supongo, por último, que esta esperanza se desvanece; pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes a devolverle la perdida salud, con lo cual, y sintiéndose de más en más agravado, hace llamar a su médico, quien después de echarlo un razonable sermón por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa; y que parecen ser la panacea universal para todos los males conocidos.

Pues bien; después de supuesto todo esto, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sujeto a quien acontecía aquel desmán era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginación y una cierta fama de superioridad, debida a las conquistas amorosas a que había dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran éstas muy envidiables y envidiadas; pero que para el paso actual no lo servían de nada; preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba, sin embargo, alguna diferencia en la situación exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en aquel movimiento su completa semejanza con los seres a quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido más o menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, joven hermosa y elegante, de veinticuatro abriles, que si no recordaba a Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venía en la serie de sus veladores un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice de las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mutuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito o el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase a la vista una hermana solterona del conde, que según nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada a vegetar modestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, e igual a su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase a esta injusticia de la ley la otra injusticia con que la naturaleza la había negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posición de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa y donde además de un gran talento, y que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundón. En compensación, empero, de tantos desmanes, todavía podía alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy

moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algún día ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. Una tía vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradición de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones más allegadas a su persona. Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigie de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del bastón en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y éste sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga a sus ideas, que venía a ser una verdadera formulación de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíanlo tal cual elegante doncel que aparecía de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba a tiempo de proponer un remedio milagroso, o verter una botella de tisana, o destapar distraída un vaso de sanguijuelas; el todo amerizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demás del caso.

¡Ah! se me había, olvidado; allá en lo más escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre serio, triste y meditabundo, que apenas parecía tomar parte en la acción, y, sin embargo moderaba, su impulso; el cual hombre, según lo que pudo ayer averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, a quien el padre del conde dejó encomendado éste al morir; que le quería entrañablemente; pero que más de una vez llegó a serle enojoso con sus consejos; francos y desinteresados; pero en aquella ocasión el pobre enfermo se hallaba naturalmente más inclinado a él, y no una vez sola, después de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba a fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondía a su mirada con otra mirada, y ambas venían a formar un diálogo entero.

- II -

Junta de médicos

Era, según los cálculos facultativos, el séptimo día, digo mal, la séptima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva había crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa había ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba a cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no a otra cosa, viniesen a atestiguar que el enfermo se había muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una Junta para aquella noche, indicación que fue admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron a complacerle.

Designada por el más antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunión, viéronse aparecer a la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un birlocho y un bombé, un cabriolé y un tilbury; ramificaciones todas de la antigua familia de las calesas, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correntón.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro equipajes, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aún fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, a despecho de los años y del estudio; barriga en prensa, y sin embargo fiera; traje simbólico y anacrónico, representante fiel de las tradiciones del siglo XVIII, bastón de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquín.

Seguía el del bombé; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexión; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectación y sin descuido; sin sortija ni bastón, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El cabriolé (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos e interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, o inclinado hacia el pescuezo el lazo del corbatín. Éste tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente bastón, con el cual aguijaba al caballo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo a la casa, saltó de un brinco a la calle, y subió tres a tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el tílbury, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse a ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflexión que no decía bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego a conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Después del reconocimiento y de las preguntas de estilo, a que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaquetas, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de La Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural a pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas

enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decía traer. Allí era el oír asegurar a uno que a la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas a las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche había estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metía prisa a los demás por tener, según decía, que contestar a cuatro consultas por el correo.

Después de compadecerse mutuamente, entraron luego a compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino a rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morían. A propósito de esto, tomó la palabra el rostriseco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, a que contestaron los demás con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelación.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron a disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tónico método de Juan Brown; a lo que contestó el serio con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de Broussais. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que sólo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba a alguno, parecíale mejor que ningún otro el de Mr. Le-Roy, por lo heroico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desdén que se asomó a los labios del físico elegante, bastó para dar a conocer la superioridad en que se colocaba a sí mismo sobre todos sus compañeros; si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento a que él como joven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina homeopática del doctor Hannemann.

Aquí soltó el vicio una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades con sus semejantes, preguntándole si como decía Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, según dijo, deshonoraban la noble ciencia de Esculapio; a lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono a la desentonada conversación.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mención), tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir a aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habían acordado a buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la

resolución formal de aquella cuádruple alianza. -Los doctores quedaron como embarazados a tan exótica demanda; pero en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morir; porque ellos a la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros votos por su alivio, y sentían hacia su persona las más fuertes simpatías. Con lo cual el interpelante volvió a retirarse a comunicar al enfermo tan consoladora respuesta de aquel arcopago doctoral.

Declarando el punto suficientemente discutido, respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron por fin a proponer la curación, y fiel cada cual a sus respectivos métodos, indicaron, el Browinista, un tonífico récipe de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condición de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusión, y que se había de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. -El alumno de Broussais sostuvo que a beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaría el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algún sorbo de agua engomada, o un azucarillo. -El homeopático puso a discusión la aplicación de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habían visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelbourg-Strelitz. -El empírico, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese a paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomitoni-purgai-velocífero de Le-Roy.

Dejo pensar a mis lectores la impresión que semejantes propuestas harían respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera había seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente, que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental a aquel señor feo de cara de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigía la curación, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de a ocho, y marcharon contentos a continuar sus graves ocupaciones.

- III -

El testamento

Aquella noche, como la más decisiva e importante, se brindaron a quedarse a velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecho mención al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por jefe de la vela al severo anónimo, pudo éste dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hízose pues, cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dio cuerda al reloj para consultarle a cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tía, por su parte, envió a su lacayo por la escofieta y el mantón, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditación, encuadrado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer a la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto a un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de ecarté. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba a las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba provisto con un orden verdaderamente admirable, cada cual sabía por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja, rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios a la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvía a éste en su lecho, otro ahuecaba las almohadas y extendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos y corría de aquí para allí para que nada faltase a punto.

Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer a las señoras; aplicaba bálsamos confortantes a las sienas de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso, la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren a la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido e inerte; los circunstantes prorrumpen en diversas exclamaciones. -«¡El médico, llamar al médico!» -«¡El confesor! -¡El escribano!»

Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz, cuál acude diligente, con una estopa encendida para aplicársela alas sienas; éste le frota los pulsos con agua balsámica de la Meca, y espuma de Venus que encuentra en el tocador de la señora; aquél va a la cocina por vinagre, y viene diligente a rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan: -¡Pobrecito! -¡Se ha muerto! -Los hombres imponen silencio a voces -La vieja reza en alto un latín que no le entendiera el mismo San Gerónimo -La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren a la condesa; los agudos chillidos de ésta despiertan, en fin, a aquél de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan a contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla a un cadáver.

Allá en el fondo, y detrás de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro había sido introducido con precaución en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz

baja, después de haber dicho dos palabras al oído de la señora, y hecho tres profundas cortesías a la hermana del conde.

Algún tanto despejado ya éste, no sé bien si por prudencia o por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, a excepción del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

-Aquí tiene usía, señor conde, a nuestro honrado secretario el señor D. Gestas de Uñate, que viene a informarse de la salud de usía, y de paso a saber si a usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

-¡Ay Dios! (exclamó el conde). ¡El escribano! me muero sin remedio.

-¿Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano), yo sólo vengo a ley de buen servidor de usía, a ponerme a sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...-

El severo velador del conde había guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que había asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que éste se hallaba, acaso aquel paso tenía más de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde a someterse a aquel terrible deber.

No tardó éste en ceder a los consejos de la amistad y a lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignación, dio orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenía su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaría después. -«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta después de mi muerte; este amigo, (dirigiéndose el incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo».

- IV -

La sucesión

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo a la hermana del conde, habían también hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardín. Los amables interlocutores que en él se reunían, arrancados a sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban a creer de veras su posibilidad, y a calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya a manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla a sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hacia el nuevo peligro, hacia la nuevamente acometida; y a pesar de que los visajes de su feo rostro,

fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre más audaz y denodado, y por más que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita veíase ésta sola, por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban a reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡Oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo joven militar favorito de la condesa que poco antes no parecía existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba a sostener a ésta, a consolarla, y yacía arrodillado a sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperación de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda a esta súbita expresión de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis a su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro a otro suspiro, y abandonó sus manos a los labios del joven triunfador; éste entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, pascó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desdén; pero al llegar a fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. -El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Éste, procurando contener su conmoción, manifiesta a los circunstantes que su amigo el conde había dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoración vuelve a cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias excursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedía perdón a su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y dirección de su legítimo heredero; en cuanto a su hermana, la dejaba pasar tranquilamente a ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba a iluminar aquella estancia, vino a poner en manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon a la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesión, y a proponerla varios planes halagüeños; pero el severo velador valiéndose de una persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que podía aconsejarla, y era que se retirase a descansar. Hízolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó a un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «Una noche de vela», y al final de ella estampó esta firma,

EL CURIOSO PARLANTE.

De tejas arriba

- I -

Madre Claudia

Dios sea en esta casa.

-Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

-Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánima a ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

-Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazón estoy hablando con la señora Claudia, la que viene a habitar la buhardilla número 7.

-Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tienta y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y álzanse los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino explícolo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto a un lado, y viniendo a lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió!... Tal me vea yo a la hora de mi muerte... ¿Es rosoli o aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua!... a la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu!... ¡y qué bien le parecen esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme»!... ¡Ah! si no estuviera tan atrasada en esto que ahora llaman el por supuesto, en Dios y mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostarí que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mía, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

-Gracias, madre Claudia.

-Bien hacéis, hija, en dar las gracias, que para eso las tenéis, y aun para quedaros después con ellas; ¡ay! quién me tornara a mí de ese talle y esa frescura, y no me robara la experiencia del mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me había de cantar y no me vería ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y...! ¿no es verdad, hija mía?... ¿qué, no me entiendes? ¡picarueta! ¿pues a qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con su labios esa gota de coral!...

-¿Alguno, madre?

-Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir a los parroquianos y se viene derechito hacia nosotras; por fin, hija mía, más días hay que longanizas, y cuando queráis noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien; y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fe que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y a no ser un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla... ¿También ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; a bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso a paso caminando a mi chiscón, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido a los tejados en busca de las vecinas, salidas también como él; que amor con amor se paga, niña mía, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá bajo los unos y las otras?... Conque buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar a quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; que, gracias a Dios y a mis años, así me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Conque, adiós.

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y después de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscación de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas o tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona dirección la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior a la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó: y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón se quedaron a buenas noches.

Las buhardillas

Algunos días eran pasados, y ya la buena madre sabía por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y más especialmente de aquella parte de la tripulación de la casa que, a hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la región de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solía de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlos, o bien afectamos desdeñarlos por el ningún interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aeronautas que ascendieron de intento a estudiarlos; y de uno de éstos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejón a diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicación a ocho o diez celdillas o habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas a tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabía, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha conforme vamos, vivía un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando a marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. Sabía que en la de más allá existía una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pío, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Más allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero y ribeteadora; él, mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendía además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algún anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; o bien acomodaba sirvientes o limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata como il Dottore Dulcamara, ora corría las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitación del químico, había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más bien templada. Valencia, el jardín de España, había sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta había venido desde las riberas del Turia a las del Manzanares, y a las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella o que la trajeron; y que la abandonaron o que se abandonó; en términos que en el día era tan romanescamente libre como la bella Esmeralda de Victor Hugo, aunque si va a decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosaico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan éstas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista a dos reales el pliego, que por el día detrás de su biombo en el portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales y seguía correspondencia con media Asturias, y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedíale a veces, como veía poco, a pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, o pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, que siempre venía a casa regañando, y como solterón y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Últimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase a este risueño drama tenía su mansión un hombre de presa (corchete, que suele decir el vulgo), el cual cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus excursiones por el tejado a correr con los gatos, por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intención, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oído listo a las promesas y cerrado a las plegarias, multiplicado a veces como edición estereotípica, y tan invisible e impalpable otras, que no pocas llegaron a dudar los vecinos si subía por la escalera o por el cañón de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia, o si más bien llegaría en breves días a ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara a los demás a girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

- III -

Drama de vecindad

La primera atención de la vieja se convirtió naturalmente hacia la valencianita, que como la más sola e indefensa oponía más obstáculo a sus ataques...

-¿Es posible, hija mía, que tan joven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada a sí misma, antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevación como el jazmín en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caería indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sostén. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timón a un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélagos del mundo, y reírte de los furores de los vientos desencadenados contra ti.

Yo no sé si fue precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja, ni acierto a decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva a su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirlo con argumentos irresistibles, cuando a los pocos días consiguió su objeto, y atrajo a su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razón de Amor, Venus y Compañía; sociedad en que una ponía la prudencia y la otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; a partir por supuesto el beneficio que de ambos había de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicación; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, o encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaución.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinación con que se negó a admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversión de la criatura, la cual temblaba de pies a cabeza, y huía a esconderse cada vez que le miraba acercarse a su puerta.

Y era, como lo veremos más adelante, formidable enemigo este alguacil; pues además de las condiciones anejas a su profesión, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos; conque venía a parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes a profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberración, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos había ocasionado a la vieja esta terrible consideración; pero ya que no podía evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demás vecinos una decuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hacia el ingenioso químico que cobijaba en el rincón, y el cual no se hizo mucho de rogar para prestar a entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es a saber: la gracia, la experiencia y la ciencia; o en otros términos: una muchacha, una vieja, y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, a trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser más positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación, merced a algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando a escuchar los chistes de la madre, o a recibir de manos del químico algún frasquito de elixir con que curar de las muelas o añadir a las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversación de tal cual caballero que por casualidad solía hallarse allí, prestaba ciertos ribetes a aquella sociedad muy propios a excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecía alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad a los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompían los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora (que buena falta les hacía a los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido a tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos a lo demás del espectáculo, y achacaba justamente a su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran también un gran obstáculo a los planes de aquella veneranda dueña: ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla a la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habían sido educadas con primor en vida del papá, aprendiendo a figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquél habían de parar en los estantes de un Monte Pío, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja más primorosa. En vano recurrieron por apelación a las habilidades de la aguja que hasta allí habían mirado como adorno o pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer,

no logra al cabo del día un resultado comparable con el del más mísero albañil. Y luego, que como eran tres a trabajar y cuatro a consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un déficit por lo menos equivalente a la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comían escasamente tres días, tenían que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase a esto que como jóvenes aún y amigas del bullicio y los amores, no habían podido renunciar a sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir a las fiestas y diversiones, con lo cual había también que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginación y disimular los rigores de su fortuna. -«¿Quién sabe? (decían ellas), quizás estos trapillos, colocados oportunamente, sirvan de reclamo a algún rico mayorazgo o algún viejo capitalista, que nos extienda su mano y nos saque de esta angustiada situación. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que lo usáramos en Madrid? -No, a fe mía (respondían todas); y si no ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por excelencias, o cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, o un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van a los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no, vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán a buscarnos los novios aquí encerradas en este caramanchón. A fe que como decía ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.»

Madre Claudia sabía muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones extramuros con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazón de la vieja, aprovecharon su mediación para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de fatalidad y de ataúd; más adelante los paquetes de merengues y las sortijas de souvenir; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta, o daba una vuelta al puchero.

Conque tenemos en conclusión, que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, a los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la acción principal, el verdadero interés de su argumento.

- IV -

Peripecia

Una noche... ¡qué noche!... llovía a cántaros y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caían a la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desván

aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía a iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla más terrible e imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía a rezar y a darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, a las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dio un brinco hacia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la más profunda oscuridad... La vieja despavorida corre a la puerta, a tiempo que ésta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaución a un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

-¡Jesús mil veces! -grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

-Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche?...

-En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone a usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

-Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

-¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo a juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajueta.

-A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

-Alabado sea el Señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aquí, y endiñaré el candil... pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla también?... Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz a la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que éste porfiaba, y la vieja se hacía de rogar, y aquél juraba, y ésta se reía; y luego sacaba aquél un bolsillo: y ésta se ponía a discurrir.

-¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera a usía y mucho, que a mis años y a mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en

las niñas de sus ojos, y aunque pobre, también tiene su aquél, y si él llegara a sospechar la intención con que por usía he venido a esta casa... ¡Dios nos libre!

-Todo eso está bien -replicó el caballero-, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

-Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora, y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No si no aguarda la breva en enero y verás si cae.

-¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche?...

-No es esto decirle a usía que yo no ponga de mío hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir a bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el só, ni para otras el arre, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

-No me vayas a hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí a escuchar tus graznididos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalón de esta escalera infernal... Vengo sólo a que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

-Pues a eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y que...

-Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

-Después que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

-Pero...

-Ande V. de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando a él le convenga; deje V. su cuarto de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase V. a las nubes como el gavián, y póngase desde allí en acecho de la paloma... y todo ¿para qué?...

-Tienes razón, Claudia, tienes razón; pero como tú me dijiste...

-Y ya se ve que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

-Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasión...

-¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

-Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.

-Quiera Dios que dure y que a lo mejor no me muestre las uñas.

-No temas, amiga Claudia, mi protectora; mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate al mirarla en mi presencia.

-Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo a Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo a su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondáis tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline a volver atrás.

-Bien, bien, como queráis, madre mía.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó a bajar pausadamente la escalera, y llegada a la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes a causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese a su buhardilla, donde la pondría unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso a su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella a su cómplice; vuelve entonces a cerrar, y éste ya descubierto se arroja precipitado a los pies de la joven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignación privaron por un momento a la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante a la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dio a conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada a la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «Favor, vecinos, favor...»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demás habitaciones, y mientras los más próximos acuden a preguntar a la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies a cabeza que subía los escalones cuatro a cuatro, gritando desaforadamente...

-«¡Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?...»

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas a madre Claudia hasta plantarla de rodillas a sus pies, en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero, que subía a este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar a su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar

que él también tenía por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejón de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren a verificar su captura, a tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten que no son los facciosos, sino sus novios, que a falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejón.

El químico, que desde su chiscón observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término a semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañón, y a su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; éstos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico; y el alguacil de la valenciana; gritando: «Favor a la justicia, dejadme a esta pecorilla que es el cuerpo del delito...»

- V -

Desenlace

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio había hecho desocupar toda la casa y colocado a la vieja en una buena reclusión; el tendero había cerrado su almacén y caminaba, con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la dirección de Madama Tul-Bobiné; el zapatero había apaleado a su mujer y estaba en la cárcel; y ésta se había colocado bajo la protección del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Enero de 1838)

Una Junta de cofradía

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispín,
protector de la obra prima,
consagra solemnes cultos
su devota cofradía.

Por cédulas ante diem,
y a la hora de nocte prima,
todas las capacidades
guarda-piernas de la villa,

Convocados a este fin,
ocupan bancos y sillas
en un honrado desván
con honores de buhardilla.

De la sala en el comedio
y pendiente de una viga
campa al aire el oriflama,
del santo patrono insignia;

Y encima de una gran mesa,
alhaja de sacristía,
lucen un candil y un jarro
que alegran ojos y tripas.

Tras la mesa, en un sitial
de baqueta moscovita,
con más clavos que una rueda
y más años que una encina,

El cofrade más antiguo
por derecho de conquista
se encarama y se sepulta,
diciendo: «Ya hay quien presida».

Con esto y un avechicho
entre mico y sabandija
que ocupa el siniestro lado
y el candil y el jarro atiza,

Los restantes pies-de-banco
a sus puestos se retiran,
ya que vieron que dejaban
la mesa constituida.

«Escomienza la sesión»,
grita el presidente Blas;
y reclama la atención
con un enorme esquilón
que le sirve de compás.

Tose y bebe el secretario,
y bebe y vuelve a toser,
y sacando del armario
un roñoso formulario
que apenas sabe leer,

Toma a todos juramento
por el jarro y el candil,
de que beberán con tiento
mirando por el aumento
del gremio zapateril.

En relación nominal
de todos los congregados
va llamando a cada cual;

y todos hacen señal
de saber que son llamados.

«Perico Cerote negro». -
-«despacio, voto va Dios
que ese mote es de mi suegro,
y digo que no me alegro
de responder por los dos». -

-«Juan Lesnas». -«Presente soy
para mal de algún endino
que habrá de escucharme hoy;
y declaro que me voy
si no se escomienza el vino».

«Diego Punzó Cabritilla». -
«De cuerpo presente está».
«Domingo Cachas». -«Cuchilla
me llamo en toda la villa,
que bien me conoce ya». -

«Benito Chanclas». -«Amén».
«Dionisio Correa». -«Soy».
«Leonardo Mandiles». -«Bien».
«El hijo del Cacho». «¿Quién?»
«El Cacho del hijo». -«Voy».

Prosigue así relatando
otros nombres, más de mil,
y su blasón escuchando
van respondiendo y jurando
los cofrades del mandil.

Por último, el presidente
meneando el esquilón,
grita con voz de aguardiente:
-«El que esté en pie, que se siente;
ábrese la discusión».

«Al fin, ilustre asamblea,
restablecido el silencio,
improvisaré el discurso
que hace tres meses y medio
me está enseñando don Braulio,
el dómine de Toledo.

Prestadme, pues, atención,
y no os durmáis por lo menos,
que es música celestial
cuanto deciros intento.

Señores... (aquí me dijo
que hiciera pausa, el maestro)
Señores... (vuelvo a decir,
si no lo dije primero).

Señores... (y va de tres)
¡Qué espectáculo tan bello,
qué cuadro tan animado
ante mis ojos contemplo!

Todas las capacidades
de la hermandad del becerro
pendientes de mi discurso...
(ya he dicho que es del maestro)

Y yo, el último de todos
los que ilustran este gremio,
colocado a su cabeza
en el encumbrado puesto

Donde, ayudándome yo,
vuestrós votos nos ascendieron.
Tiempo es ya que dominando
mi modesto atrevimiento

Os haga escuchar mi voz,
y que repitan sus ecos
las tapias de este santuario
y las vigas de estos techos.

La Europa que nos contempla
atónita, cuando menos,
espera, escucha, medita
nuestras palabras y gestos,

Y prepara a nuestras sienés
el merecido trofeo
en cien tempranas coronas
de achicorias y de berros.

Señores... ¿de qué se trata?
(vengamos a mi argumento,
antes que alguno de usías
me diga que soy un necio.)

Se trata pues... ¡friolera!
en esta Junta modelo,
de abortar alguna cosa,
de reconstruir el gremio,

De reformar la Ordenanza
que hicieron nuestros abuelos,
y tornar su gloria antigua
al nombre de zapatero.

Largos años de desdichas
tal, señores, nos han puesto,
que lo que antes fue obra prima,
obra póstuma se ha vuelto.

Yacen por tierra olvidados
nuestrós magníficos fueros,
usos, armas, regalías,

imprescriptibles derechos.

¿Quién hay que al ver este cuadro
horrisonífico, negro,
no sude ardiente betún,
no se le curta el pellejo?

Nosotros, con cuyo auxilio
corren y marchan los pueblos,
y de civilización
somos la causa y efecto:

Nosotros, cuya prosapia
data de Adán cuando menos,
que según varios autores
fue el que inventó andar en cueros;

Nosotros, que por capricho
al hombre más altanero
metiéndole en un zapato
aplicamos el tormento;

Nosotros, que a la beldad
de rodillas ofreciendo
adoración y medida,
qué puntos calza, sabemos;

Nosotros, que de los héroes
somos sólido cimiento
testigo el gran Federico,
y el héroe de Marengo;

Nosotros que.. pero callo,
porque desde aquí estoy viendo
mil señales de impaciencia
que expresan vuestro ardimiento.

Ello, en fin, es cosa clara
que somos un noble cuerpo,
y que debemos osados
conquistar nuestros derechos.

Cuarenta siglos nos miran,
y aunque diga más de ciento,
flechándonos el antejo
para observar lo que hacemos.

Y lo haremos, sí señores,
y sabrán los venideros
que fuimos hombres de pro
y gente de pelo en pecho.

Jurad conmigo entre tanto
de este sitio no movernos
hasta haber consolidado
nuestra Ordenanza». -

-«Juremos»- -

Y al pronunciar esta voz

entre gritos y reniegos,
todos se estrechan las manos
hasta quebrarse los huesos.

-«Pido la palabra, hermano». -

-»¿Y para qué? -

-» Para hablar». -

-»Juan Lesnas tiene el embudo»,
dijo el presidente Blas.

-«Juan Lesnas estornudó:
miró adelante y atrás,
púsose sobre el pie izquierdo
y dijo «voy a empezar».

«Protesto ante todas cosas
que mi discurso será
de poco más de tres horas,
pues me habré de concretar.

Dije también que no haré
la oposición al tío Blas,
pues reconozco sus prendas,
talentos y probidad,
y fuimos catorce meses
compañeros de hospital.

Pero al fin ¿quién le ha metido
en venir a predicar
y echárnosla de doctor
a los que sabemos más?

Y si no, vamos a cuentas,
¿Sus señorías podrán
decirme qué es lo que dijo
con tanto disparatar?

Dijo que estamos en junta...
dijo la pura verdad;
pero después se perdió,
y olvidó lo principal.

Porque la Junta solemne
que hoy vamos a celebrar,
está, señores, prescrita,
en nuestro ceremonial;

Ni tiene otros tiquis-miquis
que el haber de celebrar
la función de San Crispín,
que presto se acerca ya:

Yo que he sido mayordomo,
mandadero y sacristán
de esta santa cofradía
diez y siete años y más

Os propondré mi programa,

que pienso habrá de gustar;
y a fin de llevarlo a cabo
me concederéis no más

Que un voto de confianza
para que pueda gastar
cuanto juzgue conveniente,
y no esté gastado ya.

Esto es, pues, lo más sencillo...»

-«Pido la palabra, Blas». -

-«Perico Cerote Negro
hable, y que se siente Juan». -

El señor preopinante
preopina, ¡ya se ve!
que se le dé a su mercé
licencia de echar el guante;

Pero falta averiguar
con qué títulos la pide,
y al hermano que hoy preside
intenta así destronar.

Porque según yo me fundo,
los notables que aquí estamos
creo que representamos
los zapateros del mundo.

Y por más que un animal
se oponga aquí, es cosa clara...»

-«Pido la palabra, para
una alusión personal». -

«Consigno, en fin, mi opinión
contra todo gatuperio;
y al que haga de menisterio
yo le haré la oposición.

De la cuestión en el fondo
pudiera extenderme más;
pero pues lo dijo Blas,
hagamos punto redondo.

Guerra, señores, al bicho
que siempre quiere bullir;
mucho pudiera decir...
pero... señores; he dicho».

-«Mi digno amigo Cerote
ha dicho, si mal no oí,
que yo soy un animal,
yo respondo que es un ruin,
y quedamos tan amigos
y podemos proseguir:

Voy a hacer la descripción
de la fiesta, y podrá así
la asamblea conocer
si es merecimiento en mí
el ser ministro perpetuo
del glorioso San Crispín.

Lo primero que prevengo
es, señores un pernil
asado por estas manos
que la tierra ha de cubrir.

Vendrá luego de los callos
la fuente geronimil,
y el inevitable arroz
con guindilla y con anís.

Aquestos son mis principios
y los sostendré hasta el fin,
con los consabidos medios
del tintillo y chacolí,

Hasta que todos usías
queden hartos de engullir,
y puedan cantar los gozos
del invicto San Crispín».

-«Bien por Juan el mayordomo».
-«Bravo». -(Aplausos.) -(Sensación.)
-«¡Escuchad!» -«¡Oíd!» -«Ya basta». -
-«Yo pido la votación». -
-«Que se vote». -«La palabra». -
-«No hay palabra». -«¿Y por qué no?»
-«¿Para qué?» -«Para el almuerzo».
-«Yo para la procesión». -
-«Y yo para el juramento». -
-«Para la ordenanza yo». -
-«Que diga» -«Que calle». -«Fuera».
-«Orden, hermano mayor». -
-«Su señoría es un burro». -
-«Su señoría un lechón». -
-«Que se lea el reglamento». -
-«Orden, señores, por Dios». -

Y el jarro de mano en mano
corría que era un primor,
y el esquilón a todo esto
sonaba dilín, dolón.

«Hable el presidente».
-«Hablo,
si me dejan, pues ya veo

que aquí a fuerza de pulmones
se hace bueno el argumento.

Por desgracia me persuado
de que no entendió el concejo
la intención de mi discurso
monumental, deletéreo;
(Dos palabrillas de moda
que me encargó con empeño,
la practicabilidad
del dómine de Toledo.)

Quise, pues, decir...»

-«Tío Blas,

lo que quiso lo sabemos,
quiso echarla de leído
porque es suscriptor al Eco». -

«Quise hablar de la Ordenanza. -
quise...»

-«Bien está todo eso.

Pero Juan tiene razón,
lo primero es lo primero».

-«Entonces es otra cosa;
señores, vamos con tiento;
¿se trata de San Crispín
o se trata del almuerzo?»

«Del almuerzo, sí señor». -

«Pues voto por los torreznos,
y dejemos la Ordenanza
que la masquen nuestros nietos».

-«¡Viva el presidente!»

«¡Viva!» -

-«¡Y viva Juan!» -

-«Me enternezco

de ver señores las honras
que me hacéis sin merecerlo.» -

-«Vámonos que son las diez». -

-«Es preciso que acordemos».

-«¡Qué acordar ni qué demonios!»

-«A mí me espera mi suegro». -

-«Y a mí la Paca». -

-«Pues yo

estoy de hambre que no me veo». -

-«¿Con qué estamos?» -

-«A la calle». -

-«Cuidado con el almuerzo». -

Juan subió a la presidencia,
y en un programa verbal

dio una práctica señal
de su grande inteligencia.

Y dijo con entrecejo
meneando el esquilón:
«Se levanta la sesión
que va a dormir el concejo».

(Marzo de 1839)

El Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza

- I -

Noche del martes

Las locuras del Carnaval tocan a su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grata y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara a la locura. Ésta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoración, cambia mil disfraces, y hasta se atreve a profanar el de la religión misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza a los desatentados mortales.

¡Qué horas tan pródigas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del día santo!... ¡Qué extravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religión y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma a los sentidos, el bálsamo de la paz a los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y a su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginación en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salón, dorado y refulgente a la luz de mil antorchas, sonoro a la vibración de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras extrañas, que con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un sí lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño o acaso no reparará en ti; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razón, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de

aquel dulce y halagüeño sí, te volverá la espalda, o frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «Máscara, no te conozco, déjame bailar.»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente a los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta a divisarte por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan a sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficción de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazón sencillo e inocente. -«Apártate de mí, Beata (te replicará con imperio), no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...»

Y vosotras también, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir a una niña inocente o en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno dominó; ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven a encontrarse a la hora convenida haciendo alarde de su mutua infidelidad. Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Veréis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no tenéis) diciéndoos con indignación: -«¿Quién sois, máscaras insolentes, o qué venís a hacer aquí?»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas: por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversación y de la danza; mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir a los respectivos saraos a los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretrejidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes a las bulliciosas mansiones del placer, a los innumerables templos de aquella Diosa de Carnaval.

¡Qué importa que a la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperación del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, o el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido a la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... ¡Se acaba el Carnaval!... ¡Es preciso disfrutarlo!... Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansión el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los días anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene a herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; a su terrible y mágico talismán aparecen también las enojosas arrugas de los años, los estudiados

afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusión a los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por más tiempo su dominio; sus adoradores ven clara a la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan a sus respectivas habitaciones donde a la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

- II -

El Miércoles de Ceniza

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama a los fieles a la ceremonia religiosa que va a empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruajes, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginación en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, o más dichoso o más prudente, recoge animoso su inspiración, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va a principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y majestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansión de la locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada expresión de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atrevéis a fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud...! ¿La habéis buscado acaso en el sagrado recinto de la religión; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejáis sólo en vuestra imaginación y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¿Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando sólo la contempláis por su aspecto repugnante?... ¿Creéis conocer al hombre, cuando sólo pintáis sus excepciones? ¿Os atrevéis a retratar a la sociedad, cuando sólo hacéis vuestros retratos o el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un majestuoso río, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo más puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que

algún día han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen a tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que sólo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendería a aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religión.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen a la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atención en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serían insuficientes si no contase con otro auxiliar más poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazón tierno e inocente, corre a sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas a la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella joven era su hija; aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior... ¡Y aquella noche había sido la noche última del Carnaval!... Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él a aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mutuamente prorrumpiendo en esta exclamación: «¡Qué diablos! ¡y creíamos que habían estado en el baile todas las hermosas de Madrid!»

- III -

El entierro de la sardina

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto más aventuras que un drama moderno, y más procesos que el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del común.

No sabré decir a cuántos grados longitudinales se extiende el dominio e influjo de la tal calle; pero bien podremos considerarla como centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (según la opinión de los más acreditados geógrafos), desde las Vistillas de San Francisco a la iglesia de San Lorenzo, comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados más o menos independientes o feudatarios, en que varían también las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupación de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al punto

capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de Ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que a la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el Madrid-Norte y Centro-Madrid, pero vela y pestaña en toda su actividad el Madrid-Sur; a la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, a este ojo del gigante despierto y animado, es adonde hoy dirigimos nuestro rumbo, al través de los vientos y a bordo de un menguado y azaroso calesín.

Fuerte cosa es que la maldita política, que todo lo invade (menos mi pluma), nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, o como decía el médico Bartolo, secuestrando la facultad de hablar. Si no fuera por ello, no hubiera salido la voz programa de sus modestos límites, de simple anuncio, o según la define el diccionario de la Academia «el tema que se da para un discurso o cuadro».

Pudiera yo entonces a mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan a término que sean necesarias estas continuas salvedades en el lenguaje común, debo decir en descargo de mi conciencia, que aquí sólo trato de un anuncio, o vademecum que me entregó el calesero a tiempo de darnos a la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un sí es no es inexperta y vacilante decía:

«Porgama de la solene junción y estupenda asonaa que a e celebrarse el miércoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procisión den ca el tío Chispas el taertero, crefade mayor de la sardina con el intierro de este animal y too lo demás que aquí se relata».

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo había de ser encontrarse a dos por tres formulado el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores explicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo empero todavía para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aquí punto por coma (o por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecía) el tal programa; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificación del auditorio, habré de trasladarlo del idioma de Germania al común castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en acción.

Esto supuesto, y supuestos también los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripción por el orden siguiente.

Rompían la marcha bailando hacia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas a los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguían en pos otros ciento o doscientos mozallones, ya más cariacontecidos y con diversos disfraces, cuáles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuáles con cabezas

postizas de carneros (figurando ir disfrazados); cuáles de encorizados y penitentes; cuáles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra a ningún diccionario, ni su música a ningún diapasón; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacían un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de más allá disparando al aire sendos garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro o seis gatazos negros atados por la cola o por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto a guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños, movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos o en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía de San Marcos, que en unión con la otra de la Sardina celebraba igualmente tan estupenda función.

Descollaba después un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto dirigían sus expresivos saludos a una y otra fila de concurrentes; mascaban higos o mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras a las narices del más inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, o repicaban las castañuelas y cantaban el ¡ay, ay, ay!

Seguían luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravación; pliego de aleluyas de la vida del hombre malo; fac simile de los caprichos de Alenza; y original, en fin, de los sainetes de Cruz.

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestión principal. Allí el tío Chispas, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la Chusca, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con más desenfado de acción que un molino de viento, y más sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí Juanillo (alias Vinagre) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba a entrambos con ojos amenazadores, y su feroz expresión y su atezado rostro, ofrecían un fiel trasunto del celoso amante de Desdémona. Otros grupos más o menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguían apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravíos, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los más autorizados, y en un grotesco ataúd, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una vera efigies por su traje y hasta sus facciones del señor Marcos, marido y conjunta persona de la Chusca, a cuya ventana había estado expuesto de cuerpo presente en los tres días de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado Chispas, y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificación.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera sardina iba destinada a la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras más importantes en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedían, seguían, o esperaban a tan regia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos Coros o estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores o de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la Red de San Luis a la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacían de Madre España, y de Virtudes teologales, y de Diosas del Olimpo en las funciones de la Jura.

Las que venden rábanos en verano, o avellanas en feria, o naranjas en primavera, o castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo a servir a un amo, y acabó su humildad por servir a muchos, barro frágil de Alcorcón, sujeto a golpes y quebraduras.

Coro de mancebos

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos o truecan por vino agua de naranja o café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, o prestaron iguales servicios al Estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comisión de pañuelos; comisión de relojes; comisión de cuarenta horas; comisión de posadas y forasteros.

Los que juegan a la barra en las tapias de Chamberí, o cantan amores a las ninfas del Manzanares, o cobran el barato en la Virgen del Puerto, o venden caballos en el portillo de Lavapiés.

Todos los estropeados de los ojos o piernas, que los tienen buenos para huir de San Bernardino, o los que rascan guitarras a las puertas del jubileo, o sanan de sus accidentes epilépticos a la vista de un alguacil.

Coro de inocentes

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro, o juegan a las aleluyas en la pradera de los Guardias.

Los que arrojan carretillas o garbanzos de pega a las faldas de las mujeres, o apalean los perros, o cogen la fruta de los puestos y echan a correr.

Los que vocean por las calles «el papel que ha salido nuevo», o acompañan a los héroes en sus triunfos y a los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinión, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que sería harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros aulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresión que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas a los estómagos, descendió la imponente comitiva hacia la puente toledana, siguiendo a lo largo por las frondosas orillas del Canal, y dándosele una higa, así de la elegante capital que dejaba a la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba a su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turrón; el pelele tío Marcos ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse más y más los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase a la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes a la luz de las llamas se entregaban mutuamente a la más encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba a mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, expuestos hasta que algún pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡la causa de su muerte!... la Chusca lo sabía; y todo el barrio, menos el tío Marcos, los adivinó.

(Marzo de 1839)

La guía de forasteros

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que a la hora en que escribimos se hallará, a no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadrón literario, que faja y envuelve al infante recién nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, a tener el indecible placer de saludar su aparición, y a saber a punto fijo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia de 1842; pero tate, que punto es éste que, aunque consignado especialmente en la portada del tal librito, merece muy bien alguna reserva y un si es no es de rápida discusión.

Decía Fontenelle que el Almanak real de Francia era el libro que más verdades contenía; pero Fontenelle no era español ni vivía en estos tiempos: si así fuera, ya se hubiera guardado muy bien de decir semejante despropósito respecto de nuestro Almanak real, o sea Guía de forasteros.

¿Pues qué, no hay en ella verdades? -Distingo. -Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto a la época de la impresión (1841), no hay más que hablar y todos son hechos consumados; pero si se le juzga respecto a la época en que ha de regir (1842), perdóneme la indiscreción, pero maldita la fe que merece. -De este modo diremos que se compone, o todo de verdades o todo de erratas; o para explicarlo mejor, de una sola verdad, o de una errata sola. -Esta errata es la portada. -Donde dice 1842, léase 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquía, no hay que dudar que el cetro correspondía de derecho a este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la majestad, y dictando sus leyes desde el Sinaí de la Imprenta Nacional.

Su origen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando menos; y excelso e inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus páginas (o sean tablas) sucesiva acogida a todos los colores políticos en las personas de sus más aventajados representantes, desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas molleras de los del día; desde la guerra de sucesión hasta la sucesión de las guerras; desde la monarquía fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparición (1737), se presentó raquítica y mezquina; y al revés que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor a impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado a ésta para su desarrollo, en términos que hoy se ostenta medrada, coqueta y esplendente, conteniendo en sus páginas cuatro tantos más de sustancia que en el siglo anterior. -Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; ¡y en qué proporción! Los periódicos plebeyos, por ejemplo El Diario de Madrid, inserta sus anuncios a razón de 12 maravedís línea. Pues cada uno de la Guía puede calcularse chica con grande en 40000 rs., ¡y tiene 176 páginas, cada página 48 líneas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aún no hemos saludado) tendrá probablemente más. Et sic de ceteris.

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) a la magnífica aparición de este astro luminoso, a la ostentosa exposición de esta industria nacional. -Nosotros los profanos espectadores de tan mágico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cazuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias a la módica retribución de sendos 50 de nuestras fortunas o nuestra industria, tenemos el derecho de asistir a él, y entusiasrnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este

derecho; quiero decir, de acercarnos a la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta que sea vestido con pobres pañales, y así como quien dice de plebeyo, no como los que en tafilete estampado de oro por Ginesta se reparten gratis et amore a los nobles funcionarios en él contenidos.

Previa esta indispensable diligencia, lo primero que nos saldrá al paso es el Calendario Manual con su creación autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su población de España pocos días antes, y de Madrid unas semanas después; y demás épocas notables, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista; sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas movibles, témporas y estaciones, días y santos del año. -Estos nombres sagrados son los únicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado: antes bien por el derecho de estamparlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guía, porque el postor del Calendario los compraba y los compra aún por junto, para venderlos luego a la menuda.

Después de la nota de las cuarenta horas (nota excusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la forma como acompañamiento de la corte celestial), empieza el magnífico desfile o sea evocación de las augustas sombras de nuestros ínclitos monarcas, a contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (según la Guía) reina felizmente... ¡Y lo mismo decía la picaruela en la que hoy se llama ominosa década!... De aquí toma luego pretexto para hacernos una espléndida exposición de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, patria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gracia del más mínimo principículo de Anhal Cohetem, ni de la más oscura y remilgada canonesa de Schvarzbourgo-Rudolstaf; todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrían dormir seguramente, si no supieran que al Elector de Hesse le había nacido un tercer sobrino el año pasado, o que la viuda de Hoslthein Augustembourgo había pasado a segundas nupcias con el Margrave de Meklembourg Strelitz. Verdad es que no hay que tomarlo tan a pechos; pues margrave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guía su fe de vida, como si fueran viudas de Monte Pío, cuando sabíamos de muy buena tinta que hacía largos años que estaban mascando tierra; y tierno infante se nos ha dado a luz en años anteriores, que ya peinaba canas o gastaba peluca a las orillas del Don.

A continuación de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repúblicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guía, ocupaban un sitio más de casa, en la parte de ella que hacía relación a los gobiernos de Ultramar. Viene después un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como que hay que hablar de España, la Guía oficial, para evitar el compromiso de opinión propia, coge al primer nación que encuentra al paso, y dice: «Población de España;» «según Hassel 10373000 almas;» «según Balbi, 13500000;» -Vds. escojan lo que les parezca, que por tres millones más o menos no hemos de regañar.

Entretiéñese después en recordarnos los días en que se viste de gala... -¿Quién? -La corte. -¿Serán los cortesanos!... -Y los días en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son? -Vide Calendario, unas hojas más atrás.

Aquí por el orden de procesión vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos legislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y extranjeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y jefes de administración y de Hacienda. -Para mayor orden de esta majestuosa falange, forma en seis grandes divisiones con la denominación y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernación del Reino es el último, y el de los Negocios Exteriores el primero; y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, extienden sus asombrosas filas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones o inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, jefaturas y dignidades, que sería imposible seguirlas con la vista ni abarcarlas con el pensamiento. -¡Ah! se me había olvidado. -También hay su poquito de sección de Beneficencia; pero ésta aparece más modesta, sin bordados ni relumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y Caridad; y coge la tal sección por lo menos... -una página, que no quiero decir cuál es. -Ella, y algunos grupos o pelotones de paisanos mundos y lirondos con el modesto título de tal cual academia o asociación literaria vergonzante y gratisdata, son, como si dijéramos, la sombra, y forman el claro-oscuro de la tal Guía. -En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decía Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue después, nada hay de nuevo, puesto que ya sea antiguo el ver en él la larga lista de 617 generales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150000 hombres, tocarían a 243 hombres cada general; sin contar la marina, en que puede calcularse a 14 generales para cada buque.

Para todo hay gusto en este pícaro mundo; los hay bastante fuertes para digerir todas las mañanas el eterno diálogo del Eco con el Correo, o asistir por las tardes al obligado dúo del Patriota y el Corresponsal. Los hay capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, o embelesarse todas las semanas con las habilidades estereotípicas de los volatines del Circo. -Cuáles están por las églogas que huelen a requesón, y cuáles por los fragmentos que apestan a pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan a los libros en folio; los otros a las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hay quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por vía de folletín. ¿Por qué, pues, extrañar, que haya también quien encuentre el complemento de su fruición voluptuosa en hojear y repasar, estudiar y comentar a su modo las sustanciosas páginas de la Guía de Forasteros?

Por de pronto la parte más sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro todo compuesto de personalidades, es natural que excite hasta el más alto grado el interés del lector. Añádase a esto que allí no hay artículos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre; ni principios para disfrazar fines; ni profesión de fe espontánea; ni demás tiramira de los publicistas del día. - Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas... ahora vayan Vds. a buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hay que creer que es sólo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditación y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos más positivos le inclinan sin duda a pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

-«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decía una dama de buen parecer a cierto ministro.) -«Vaya (replicó éste) pues le haremos consejero».

La lectura de la Guía, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza, la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por dónde caminar. -Allí están las asesorías, las protectorías, las conservadurías, las consultas; allí las togas y judicaturas para los letrados titulares; allí las embajadas, secretarías y consulados para los legos; allí las intendencias y jefaturas para los políticos; allí las fajas y entorchados para los militares; allí los báculos y mitras para los eclesiásticos; allí las bandas y cruces para todo el mundo sin distinción de sexo ni edad.

El abogadito mancebo, que no gusta de hacerse oír en ella la audiencia, busca una plaza de oidor en ella, mientras su concolega el vetusto D. Pedancio, el fac simile de una partición testamentaria, echa el ojo a una protectoría que tenga rentas que proteger. El tonto de sentidos y potencias aspira a ser director, y el miope sin anteojos, nada halla más apetitoso que una plaza de vista. No hay cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las páginas de la Guía que hacen relación a los ilustrísimos; ni cadete del colegio que no se crea destinado a figurar en las primeras del Estado militar. -«¿Por qué no me han de dar unos honores?» dice a sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor. - «¿Por qué no he de ser yo secretario?» exclama el que jamás supo guardar un secreto.

Hay seis líneas en la Guía, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo, todos los militares; en tercero, todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demás que nada son. -Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores) son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, o sean jefes del gobierno de la administración. -He aquí el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa, en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pirámide gubernamental; punto a la verdad tan estrecho o inseguro, que ninguno de los que a él llegan puede sostener largo rato el equilibrio, y falto de fuerzas y turbado de razón, bambolea luego, y cae entre los chillidos y algazara de la multitud agolpada a la base. -Sin embargo todo es agitarse y bullir, y trabajar para encaramarse; y sudar y adelantarse, y escurrirse y retroceder; y llegar a la cúspide, y rodar estrepitosamente al panteón.

A la verdad que no hay espectáculo gimnástico más divertido que el que forman los Auriols políticos, reuniendo sus fuerzas en torno de la cucaña ministerial.

¡Qué triunfo! ¿no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil? -Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas: y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas, y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos las pinchan y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquél las pisa con una prensa; éste las envuelve entre los pliegues de su oratoria. Y las bolsas a vomitar y

llover papeles de oficio, escrito por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores a dispararles otros por oficio, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes de arriba a caer debajo; y los de abajo a subir arriba; y las bolsas siempre atadas a las cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y ríe que te reirás.

Entre tanto la Guía de Forasteros (el programa de la función) circula de mano en mano; y unos hallan de menos un nombre, otros creen que hay muchos hombres de más: cuáles animados de un buen deseo quieren saltar a la plaza, y colocarse entre los precisos operarios; cuáles se contentan con pagar, reír, y comprar el programa.

Con ellos me entierren. -Y dejemos aquí la pluma, que parece haberse despertado hoy un si es no es abierta de picos, y como que pretende lanzarse a materias que por propia convicción le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se extravíe, ni que renuncie a la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó a borrajear estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas. -Nada menos que eso; mi misión sobre la tierra es reír; pero reír blanda o inofensivamente de las faltas comunes, de las ridículas sociales. - Quédese la apetecida palma de la sátira política unida a la memoria de mi desgraciado amigo Fígaro. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas ni yo pretendí nunca más que admirar y respetar las suyas. -Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soy Fígaro, ni veo las cosas con tan tetricos colores, ni entiendo de políticos achaques, ni estoy determinado a atender a mis días por cansancio de la vida. - Todo lo contrario.- Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera más que por satisfacer mi sabida curiosidad.

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo más tarde mejor); y más que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y más que nadie eche de ver mi falta el día en que aquello suceda; y más que no se derramen flores sobre mi tumba; y más que no resuene cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y más que mi nombre no figure en el Plutarco Español, ni en la Guía de Forasteros, quiero pasar la vida sin excitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso pas mème de Piron; leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUÍ YACE

UN HOMBRE QUE NO FUE NADA:

ABSOLUTAMENTE NADA:

NI SIQUIERA JEFE POLÍTICO.

EL CURIOSO PARLANTE.

(Enero de 1842)

Contrastes

Tipos perdidos.

Tipos hallados.

EL RELIGIOSO. EL PERIODISTA.
EL CONSEJERO DE CASTILLA. EL CONTRATISTA.
EL LECHUGUINO. EL JUNTERO.
EL COFRADE. LOS ARTISTAS.
EL ALCALDE DE BARRIO. EL ELECTOR.
EL POETA BUCÓLICO. EL AUTOR DE BUCÓLICA.

El religioso

El representante más genuino de nuestra antigua sociedad era el Fraile. Salido de todas las clases del pueblo; elevado a una altura superior por la religión y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencia; abiertas a su virtud, a su saber o a su intriga todas las puertas de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter religioso todos los corazones, todas las conciencias privadas, venía a ser el núcleo de nuestra vitalidad, el punto donde corrían a reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos. -Un infeliz artesano, un mísero labrador a quien la Providencia había regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiado en que desde allí el hijo o hijos religiosos servirían de amparo a sus hermanos y parientes; un joven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse a sus profundos estudios, o a la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente también, un ambicioso, un intrigante, un haragán, aprovechaban ésta como otras instituciones humanas, para escalar a su sombra las distintas clases sociales, para engañar con una falsa virtud, o para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus tiros el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa común el siglo pasado y el presente, para echar por tierra la sociedad nomástica; y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jiménez de Cisneros y un Mendoza? ¿Un Luis de León y un Domingo de Guzmán? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo? ¿Dónde, más que en los claustros, supo elevarse la virtud a la altura, de los ángeles, la política y el consejo a la esfera del trono, el estudio y la ciencia a un término sobrehumano? Piadosos anacoretas separados del comercio social, habitaban muchos en los yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente a la contemplación y a la penitencia. Colocados otros en las ciudades, y en el centro bullicioso de la sociedad,

estudiaban y acogían sus necesidades, brillaban en el consejo por la prudencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales que son todavía nuestro máspreciado Mason.

Además de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representación en la sociedad, y que llegaba a veces a elevar a un humilde franciscano a la grandeza de España, a la púrpura cardenalicia o a la tiara pontifical, habían sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal. -Un pobre fraile, sin más atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin más recomendaciones que su carácter, sin más riquezas que su independencia, entraba en los palacios de príncipes; era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneración por el pueblo infeliz. Asistiendo a las glorias y a las desdichas íntimas de la familia, le veía desde su cuna el recién nacido, recibían su bendición nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo a su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibía de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejos y oración.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solía empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones a ser causa de discordias entre las familias de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interés. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿Do pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas o dirigidas por la influencia monacal?

El religioso, en fin, tiempo es de repetir. lo, tiempo es de hacer justicia a una clase benemérita que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad, no era, como se ha repetido, un ser egoísta e indolente, entregado a sus goces materiales y a su estúpida inacción. Para uno que se encontraba de este temple había por lo menos otro dedicado al estudio, a la virtud y a la penitencia. No todos pretendían los favores cortesanos; muchísimos, los más, se hallaban contentos en su independiente medianía y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces a la sociedad. No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino más generalmente para dirigirlas o moderarlas. - Creer lo demás es dar asenso a los cuentos ridículos del siglo pasado, o a los dramas venenosos del actual. - Si pasaron los frailes) débese a la fatalidad precedera de todas las cosas humanas, a las nuevas ideas políticas o a los cálculos económicos, más bien que a sus faltas y extravíos.

El periodista

La civilización moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores. El actual, no presenta para su recomendación títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data sólo entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada. -Y, sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter, y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia social, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos a su antojo, que varía en un punto la organización social. ¿Qué enigma es éste de la moderna sociedad que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos o la simple opinión

de un hombre osado; que confía sus poderes a un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla a levantar?

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un muchacho despierto y lenguaraz, que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras y ninguna concluye; que critica todos los libros, sin abrir uno jamás. -Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre, un genio DO comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico. -Su padre, que no sabe a qué dedicarle, le dice que trata de ponerlo a ministro, y que luego parta a la corte, donde no podrá menos de hacer fortuna, con su desenfado y su carácter marcial. -El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular; arriba felizmente a orillas del Manzanares; se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo, y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes a los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico; a los pocos días tiende el paño y explica allá a su modo la teología política: trata y decide las cuestiones palpitantes; anatomiza a los hombres del poder, conmueve las masas; forma la opinión; es representante del pueblo, hace su profesión de fe, y profesa al fin en una intendencia o una embajada, en un gobierno político o un sillón ministerial. -Llegado a este último término, hace lo que todos: recibe la autorización de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la secretaria; coloca en ella a sus parientes y paniaguados, expide circulares; firma destituciones, da audiencias; asiste a la ópera con aire preocupado toma posiciones académicas; se hace retratar de grande uniforme por López o Madrazo; y se coloca naturalmente en la galería pintoresca de los personajes célebres del siglo. A los seis meses o menos de representación, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido a su antigua luneta. -Vuelve a enristrar la pluma; vuelve a oponerse al poder; vuelve a hablar de la «atmósfera mefítica de los palacios, de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas»; hasta que otra oleada de la tempestad política, torna a colocarle en las nubes. Truena de nuevo allí; vuelven a silbarle, y tórnase a escribir... ¡Oh almas grandes para quienes los silbidos son conciertos y las maldiciones cánticos de gloria!

El consejero de Castilla

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se había inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en un sillón aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar a firmar con Don. -El joven estudiante que salía pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres aulas complutenses o salmantinas, tomaba el camino de la corte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega o del Dragón. Desde allí flechaba su anteojo hacia la sociedad en que aspiraba a brillar: hacía uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistía a conferencias; escuchaba sermones; hacia la partida de tresillo a la señora esposa del camarista, a la vieja azafata, o al vetusto covachuelo; y a dos por tres entablaba una controversia logística sobre los pases de Pepe-Hillo, o las entradas del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardón de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampulosa relación), acertaba a pillar un primer lugar m la consulta para la vara de Móstoles o de Alcorcón; y si por dicha había acertado a captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista o de una hermana fiambre del covachuelo, entonces la

vara que le ponían era mejor. -Servía sus seis años, y con otros dos o tres de pretensión, ascendía a segundas; luego a terceras, de corregidor de Málaga o alcalde mayor de Alcaraz. -Aquí ya tenía la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco o en el gobierno de Mechoacan. Regresado luego a la Península, entraba por premio de sus dilatados servicios en el Consejo de las Indias o en el de las órdenes, y de allí ascendía por último al Supremo de Castilla, a la Cámara, y al favor real.

Esto no llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entonces era más bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aún en sus altos años su capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vobis. -Habitaba por lo regular un antiguo caserón de las calles del sacramento o de Segovia, en cuyos interminables salones yacían arrumbados los sitiales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal. Las señoras y las niñas hacían novenas y vestían imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban a hurtadillas hasta llegar a matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacía llamar al paje de bolsa para extender las consultas o extractar los apuntamientos: a las ocho recibía las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subía en el coche verdinegro; y a placer de sus propectas mulas se legaba a misa a Santa María. -Entraba luego al Consejo, y escuchaba en sala de Gobierno los privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio calidad y el peso del pan. Pasaba después a la de Justicia, a escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias. Asistía luego en pleno a los arduos negocios en que interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viernes a palacio a consulta personal con S. M.; y, en fin, a la Cámara a proponer obispos y magistrados, expedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio real.

De vuelta a su casa, comía a las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajón el ir a San Felipe o a la Merced a buscar al R. Maestro Prudencio, o al Excelentísimo P. General para llevarlos consigo a paseo, a la vuelta del Retiro o a las alturas de Chamartín. -Allí se dejaba el coche, que les seguía a distancia respetuosa, y se hacía un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de sevillano. Hablábese allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta o la próxima promoción; se leían recomendaciones de pretendientes; y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato, se consumía el jicarón de rico chocolate de Torroba, con sendos bollos de los padres de Jesús; y vuelto a casa el magistrado, después de otra horita de audiencia o de despacho, se rezaba el rosario en familia, y se entablaba un tresillo a ochavo el tanto con el secretario de la cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaban a su ilustrísima descansar.

El contratista

-Háganse Vds. a un lado y dejen pasar a ese brillante cabriolé. -¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios o médico homeopático? ¿La bolsa o la vida? -«¡Eh!... ¡A un lado, hombre!» -¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construcción, el jockey se apea y va a dar el brazo, para descender, a un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoración de brillantes en el pecho. Sube apresuradamente la escalera sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el casero, y se encierra en su gabinete a calcular a sus solas cuánto le produciría el último corte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra a la sazón a proponerle la venta de algunos millones de créditos; el oficial del ministerio le viene a pedir a nombre de S.E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el gobierno no le cumplirá el trato; pero el ganará un millón.

El dependiente le trae a firmar una contrata; el habilitado viene a cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos, el escribano le lee una lectura de adquisición de una propiedad; el comisario la hipoteca que hace de ella para la contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el groom le entrega un billete perfumado de la prima donna o el cartel de los toros que le remite el primer espada. - A todos contesta y en todo está. Recibe con franqueza a los amigos que le pagaban el café antes de ser contratista; con galantería a la cómica que le pide una recomendación para el director; y con altivez al ministro que viene a proponerle otro negocio y a comer con él. -Pasa luego a dirigir personalmente el arreglo del jardín o las colgaduras del salón; sale al Prado a dar en ojos a la rancia nobleza con su magnífico landó; va luego al teatro a decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y después al Casino a trazar nuevas combinaciones ministeriales en que suele figurar en e l.

Todavía no se ha decidido a abrir sus salones a la sociedad, pero ya se decidirá. Y la sociedad, ansiosa, acudirá a festejar el dichoso día; y la plutocracia triunfará de aristocracia, y de los rancios pergaminos los talegos de arpillera. -«Dineros son calidad».

El lechuguino

Éste era un tipo inocente del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de pisaverdes, currutacos, petimetres, elegantes y tónicos. -Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el prado y la sociedad. Su cuerpo estaba a las órdenes del sastre; su alma en la forma del talle o en el lazo del corbatín. -¡Qué le importaban a él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba a poner la moda de los carriks a la inglesa o de las botas a la bombé! ¡Cuando se veía interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac o sobre los pliegues del pantalón!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, fluida, primaveril! Y no como ahora nuestros amargos e imberbes mancebos, abortos de ambición y desnudos de

ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda, o dominados por la dorada realidad! ¡Dichosos aquéllos, que más filosóficos o más naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, o seguían los pasos de una modista; danzaban al compás de los de Beluci, y tomaban a pechos las glorias de la Cortesi, o los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! ¡Qué tiempos aquellos, en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba a ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un día nos diste que hacer) y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, a quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusión?

¡Oh Lechuguino! ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad a Dios que vuelva; con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodón. Rogad que vuelva; con sus floridas ilusiones y su casa ilustración; con sus idilios y sus ovillejos; y sin barbas, sin periódicos y sin instinto gubernamental.

El juntero

Este tipo es provincial, moderno, popular, socorrido. Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provechosa, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna. Militares retirados, periodistas sin suscriptores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas y cesantes del pronunciamiento anterior: he aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café más desastrado de la ciudad, y allí irá a buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual a otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curial y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El juntero, que así lo había previsto, o por decir mejor, que así lo había preparado, luego que llega a entrar con aquella investidura en la casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica en que habla de los derechos del hombre y del carro del despotismo, de la espada de la ley y de las cadenas de la opresión; a cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados vivos y el consabido entusiasmo imposible de escribir. -Y nuestro Juntero, padre de la patria; lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, irresponsable, heroica y liberal. - Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma a los pobres, se encarcela a los ricos, se persigue a éstos, se despacha a aquellos (todo con el mayor orden), se canta el Te Deum, y se pasea la junta en coche simón.

A los cuatro días empiezan a venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas, subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones

espontáneas bajo pena de la vida, de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteosis del nuevo gobierno en la capital.

El Juntero entonces, hombre de orden, cambia su plaza de vocal por la de intendente o jefe político, y se resigna a ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

El cofrade

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno. Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santón; -discutían allí sobre las fiestas religiosas e indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablen los certámenes y se hace la oposición; -y finalmente hasta en muchas de ellas y con reglamentos sabios y filantrópicos se atendía al socorro de los cofrades necesitados, como en los mutuos auxilios trazados hoy por las sociedades aseguradoras. -El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos, no es por lo tanto una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron a la civilización, no merecen por cierto el desdén del filósofo; y si el tiempo y la relajación de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para extender el espíritu de asociación y el instinto de caridad.

Pero dejando a un lado (por no ser hoy nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociaciones, y limitados a trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliación abusiva se apellida generalmente el Sacramental), hallarémosle en el cancel de la iglesia, donde se celebra la función del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es un hombre como medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado: su traje es serio, o como él dice, de militar negro; zapato de oreja, pantalón holgado y sin trabas, y en los días de solemnidad calzón corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de rosetón. -El celo que le anima por la hermandad, le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse a la asistencia a juntas, preparativos de las fiestas, procesiones y sufragios. En aquellas el Cofrade autorizado lleva el pendón o el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta también y encrespa los cuatro mechones de pelos traídos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta de superior. En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios arduos, y muy luego se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe o magnate que no sabe que existe tal cofradía). No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas o adornar con flores el altar, se entrega con ardor a la propaganda, y trata de catequizar, para entrar en la hermandad, a todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre. Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero, no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el Sacramental hace pródiga cosecha.

Ni es (por desgracia) sólo el ardor espiritual el que suele andar en ello; también el pícaro interés mundano acierta a veces a salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía; el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene a saber que muchas de aquellas son formadas exclusivamente por gallegos o castellanos, aragoneses o navarros, los cuales a la sombra de Santiago o Santo Toribio, Nuestra Señora o San Fermín, tratan de buscar entre los cofrades, litigios si son abogados; enfermos, si son ni médicos; y obras de su oficio si son horados menestrales. -Además de esto, la cofradía puede tener algunos fondillos de qué disponer; algunos créditos que percibir; algunas casa que administrar; y sin perjuicio de entrar a la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comisión o vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del cofrade es pensar que cuando fallezca, asistirán a su entierro quince o veinte estandartes, le vestirán diez o doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de balas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confía que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulación.

Los artistas

La palabra Artista es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay Artistas; y en esta calificación entran indiferentemente desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuevo del albañil,

El que enciende las candilejas en el teatro, Artista; el motilón que echa tinta en los moldes, Artista también; el que inventó las cerillas fosfóricas distinguido Artista; el que toca la gaita o el que vende aleluyas, Artistas populares; el herrador de mi calle, Artista veterinario; el barbero de la esquina, Artista didáscálico; el que saluda a Esquivel o quita el tiempo a Villaamil, Artista de entusiasmo; el que lee el Laberinto o el semanario, los socios del Liceo o del Instituto, los que asisten a los toros o al teatro, los que forman corro al rededor de la murga, Artistas de afición; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... Artistas, Artistas de escuela.

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los artistas no tienen qué comer, o se comen unos u otros. -El clero y la nobleza que antes les sostenían, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse. -La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento; protegen la polka y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el Libro mayor y el Libro diario; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando más, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbrón. -Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco o las vistas de la Suiza.

El artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina a la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube a una buhardilla con pretexto de buscar luces; allí se encierra mano a

mano con su independencia, y se declara hombre superior y genio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente a las preocupaciones vulgares; y ostentando su excentricidad y porte exótico o inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde a la adversidad con el sarcasmo, a la fortuna con el más altivo desdén. Por último, cuando se permite una invasión en el campo, de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenían, y sustituido las artes liberales por otras, también artes; y liberales también.

El alcalde de barrio

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos: todavía resuenan sus glorias en nuestros oídos; todavía aparece a nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aún estar viendo al honrado vidriero o al diligente comadrón, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata iba aneja al bastón de caña con las armas de la Villa, se recogía en los primeros momentos en el retrete de su imaginación, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del país que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes o incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda o el entresuelo; tomar respecto a los mancebos y oficiales una actitud de estatua ecuestre; y ver de improvisar una alocución en que diese a conocer a la familia todo el peso de su autoridad. -Recogíase en seguida en un rincón de la trastienda para recordar a sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abría luego la audiencia y escuchaba a las partes, cuyas causas solían reducirse a tales cuales bofetadas o puntapiés recibidos y datados en cuenta corriente; a tal indiscreta incursión en el bolsillo del prójimo o a cual permuta del marido por el amante, de la mujer ajena por la propia mujer.

El alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una seria reprimenda, recordando su deber a ellos que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios a quien no conocía otros que pepitoria de Leganés o pimientos en vinagre. Últimamente les apercibía en caso de reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos a nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacía de ley.

No sólo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad. Por las noches y ratos desocupados, se entregaba a la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenía al ratero en su rápida carrera; protegía al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su bastón en la balanza del tocino; conducía a su manso la oveja perdidiza, y si era acabada la pendencia la hacía volver a empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de ocurrencias amenizan la última página del diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el más importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde había que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero o comadrón aplicados a la estadística. -Armado con sus antiparras circulares, su bastón de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una. -«¿Hay novedad desde el año pasado?» y respondiéndole que no, continuaba copiando en las ensillas los nombres del padrón anterior, sin alteración de edades ni de estados. Los apellidos recibían en su pluma terminaciones bárbaras que harían sudar al etimologista más perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas: v. g. «Fulano, herrador; Zutana, su mujer, ídem; Mengana, su abuela, ídem», etc. Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si había habido defunciones, y el sacristán le contestaba que de funciones sólo había en todo el uno la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula. -En el cuarto bajo afiliaba a madre Claudia y a sus educandas, bajo el genérico nombre de artistas; para él todos los vecinos de las buhardillas, eran agentes de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenían veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecían en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel. Un año daba el padrón, del barrio tres mil almas y al año siguiente diez y seis mil; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto a la material colocación de los nombres, ocurría muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenía que ir a buscar su apellido al otro barrio.

No eran menos de admirar el celo e inteligencia del Alcalde en la expedición de pasaportes, cuando a primera horade la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de balleta verde, calados los anteojos, el gorro de algodón o la gorrita de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecía ocupado en atar y desatar (muchas veces del revés) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salía a viajar.

-«Buenos días, señor alcalde.» (El Alcalde no daba respuesta).

-Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella a don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso a casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta a la doncella y no le parece del todo mal.)

-¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor D. Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.) -Ya ve V., porque... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padrón.) « Engracia de... tal, que deja al amo que servía, por... razón de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse, pero el alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas. Llégale en fin su turno, y el alcalde le pide un fiador con casa abierta.

-¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) a mí, D. Magnífico Pabón; conde del Empíreo, que paso de intendente a Filipinas...

-Mas que sea V. (replicó el Alcalde) el mismísimo Preste Juan. Aquí no hay más que la ley, la ley...

Por fortuna acierta a entrar a la sazón el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa más abierta) y aquel, conociendo lo arduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero que no sabe como él, que viene a responder de un duro tomado al fiado puede...

-No importa (replica el Alcalde), la ley es ley; y V. tiene casa abierta, con que puede V. ser fiador. Extienda V. el documento, secretario, yo dictaré. «Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte etc., (lo impreso) a D. Fulano de tal, barón de Illescas, que pasa a las islas Filipinas en la Habana; va de intendente a negocios propios: sale en posta, vía recta, y con obligación de presentarse diariamente a las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales. Cara redonda, ojos ídem, boca ídem; pelo ídem. Va sin enmienda, Valga por un mes».

El elector

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (o sea bastón) de barrio a nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aún a todo honrado ciudadano una porción de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse a luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc., amen de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir. Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal; siempre que no se propase a decirlo, y mucho menos a quererlo remediar. Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando a la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de orden superior. Está en el lleno de sus prerrogativas, cuando hace centinela a la puerta de un ministerio, o acompaña a una procesión uniformado a su costa con el traje nacional. Da muestra de su aptitud legal y representa la opinión del país cuando abandonando su taller o su mostrador, va a escuchar la acusación y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego. Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, este oficial de su compañía, aquel jefe de su escuadrón.

Por último, el bello ideal del Elector, es cuando a fuerza de su valimiento y conexiones llega a trepar hasta el rango de Electo; cuando a impulsos de la popularidad que disfruta en su casa o en su calle, consigue trocar un año la vara de Burgos por el bastón concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal. -Entonces es cuando reconoce lo bueno de un orden de cosas en donde vino es cosa; lo excelente de una administración en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galán. -Guiado por el celo hacia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja día y noche con asiduidad; asiste a comisiones; registra expedientes, presenta proyectos, sostiene polémicas, dirige obras

públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demás. Verdad es que llegado aquel caso se toma también la libertad de no pagar, por la sencilla razón de no tener con qué; y a la demanda de sus acreedores, responde heroicamente cual el otro ilustre romano: «Hoy hace un año que me pronuncié y salvé a la patria; vamos al Capitolio a dar gracias a los dioses». -Y cogen y se van a la taberna a echar medio chico.

El poeta bucólico

He aquí otra raza antidiluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fósil bajo las capas o superposiciones de nuestra tierra vegetal. He aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos, y su cayado patriarcal.

Hoy día, si uno se echa a discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está a pique de asistir a un entierro de algún poeta suicida, o a un desafío a pistola entre dos filósofos, o a una imprecación al diablo hecha por una mujer fea y superior. El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas, por los responsos y nocturnos, y el amor ceguezuelo, por el ojo anatómico del doctor Gall.

Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso.

«de pacer olvidadas escuchando;»

hoy sólo figuran búhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan a la muerte sobre su fatídico porvenir. Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos ni leche regalada: sólo se ven en el campo del dolor espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va a decir verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por más que me echo a mirar; lo cual me convence más y más de mi prosaica, material y nimia inteligencia. Y he aquí sin duda la razón por qué no he tropezado aún con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemerosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar más me ha parecido graznido de pato que música celestial; así como tampoco veo la sociedad de maldición que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor; ni en la mujer hermosa, me echo a adivinar un mísero esqueleto; antes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió. Los arroyos ni torrentes no me murmuran ni me lamentan, antes bien, me refrescan y me hacen dormir la siesta; el cementerio me parece cosa muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuarto a los puñales y venenos los dejo a los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio) escogía a no dudarle el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entonces renunciaba a los goces de la sanguinosa daga o del buido puñal. Porque aquellos,

(los zamarros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una bomba en un regalado festín. Ni se tenían por hombres providenciales; enormes; ni pretendían a lo que creo ser la única expresión de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral. -Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningún modo pensaban que esto era una misión, sino un intríngulis; y el que tenía vena (que así se decía) o le soplaban la musa (que así se pensaba), tenía carta blanca para salir por esas calles echando redondillas y ovillejos, epigramas y acertijos a todo trapo, viniese o no a pelo, los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputación, en verdad, a nada conducía, o le conducía cuando más derechito al Nuncio de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre más feliz de la tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos a las colegialas de Loreto o a los niños de la doctrina; y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. -Una plaza en la contaduría de éste, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, o un tablero de damas en el café, bastaban a llenar sus deseos y a amenizar su existencia; el término de aquellos era un beneficio simple o la administración de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano o la sotanilla del hermano Obregón.

El autor de bucólica

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto a tarifa; Apolo y las musas se rigen por un arancel. No hay eruditos que consumían su vida en averiguar fechas o en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos amplia cosecha de genios improvisados, desde la edad de diez hasta la de veinte abriles; amén de algunos genios de pecho que hacen concebir las más lisonjeras esperanzas. -En los principios de su carrera, el ingenio espontáneo derrama a manos llenas y sin el más mínimo interés los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razón, corta los vuelos al albedrío, la materia sube a las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra a disputar el campo a la noble inspiración.

Nuestro autor entonces abre tienda de talento o pone bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas y el abogado la de las malas. Echa el ojo en el vasto campo de la literatura a aquella especialidad que más lo conviene o de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica a vender a la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, a la luna, a las estrellas y demás novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales, ora se emplea en trazar historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos, los otros (y son los más) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que se decía que

«sólo la poesía es buena
hecha a moco de candil».

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesión no ha llegado en España al alto grado que alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas a los que se dedican a cultivarle. He aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas: la solución del enigma está en que para las comedias hay para los libros no; que aquellas se cotizan al contado como papel de nueva creación, y éstos entran en la categoría de deuda diferida y sin interés.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: la gloria, porque nadie lo lee; para el bolsillo, porque nadie lo compra. -El autor dramático recibe a lo menos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad. Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán a ella, o sólo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demás, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar a lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; por que conviene a saber que para ser hoy día escritor dramático no se necesita gran dosis de invención ni de filosofía, de observación ni de estilo. -Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crimen al más pintado, y que chille el muerto; se dialoga un folletín o se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos; se cuenta en quintillas y romances una conversación de paseo, unos amores de entresuelo y hágote comedia de costumbres; se pillá, un carácter a Moreto, una situación a Rojas y un enredo a Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico o caballeresco. Últimamente (y es lo más socorrido) se traduce un drama de Buchardi, o una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote, acomodo y arreglo a la escena española. Por lo demás, objeto ni intención moral o política Dios los dé -¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo a un amigo al salir del teatro). -Yo le diré a V. (me contestó) ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna entre el destemplado clamoreo de este tutti dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos a los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo. -El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma; el palaciego que antes adulaba a los reyes sirve hoy y adula a la plebe bajo el

nombre de tribuno -el devoto se ha convertido en humanitario; -el vago y calavera en faccioso y patriota; -el historiador en hombre de historia; -el mayorazgo en pretendiente; -y el chispero y la manola en ciudadanos libres y pueblo soberano. -Andarán los tiempos, mudaranse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros a ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos a nuestros abuelos, ¿Quién reirá el último?

EL CURIOSO PARLANTE.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

